

Veinticinco años después: el oficio de sociólogo en la España plural

Alfonso Ortí

Universidad Autónoma de Madrid

*A los (entonces) jóvenes vindicativos,
amantes platónicos de la Sociología,
cuyo entusiasmo y trabajo hizo posible el
Congreso de Zaragoza del 81*

[Primera Parte] *

1. 1981: ENTRE EL TEMOR Y LA ESPERANZA

Cuando en septiembre de 1981 celebramos en Zaragoza la sesión inaugural del primer Congreso Español de Sociología en libertad, tras el trágico y represivo final de la Guerra Civil de 1939, se proyectaba aún sobre nosotros la sombra inquietante del teatral y frustrado *golpe de Estado* del 23/F. Convocado por la FASEE (la recién fundada Federación de Asociaciones de Sociología del Estado español, precedente *prometeico* de la actual FES), el acto de presentación del Congreso tuvo lugar en el Salón de Juntas del Ayuntamiento, junto al Ebro, ese aún vivo y gran nexo de unión entre los pueblos ibéricos. En un ambiente tenso, el acto fue vivido emotivamente por muchos de los que allí participamos como una catarsis colectiva de exaltada reivindicación, quizás por última vez, del mito de una «Sociología transformadora», como elemento radical para la consolidación de la Es-

* Al atender a la solicitud de dar forma de artículo a mi intervención en la Mesa redonda de 3 de febrero de 2006, conmemorativa del I Congreso de Sociología (Zaragoza, 1981), mi propósito ha sido tanto el de contribuir a la explicación de su génesis y significación —desde la perspectiva del pasado—, como el de reivindicar, una vez más, el «oficio de sociólogo» (de forma realista, esto es, en el contexto de sus límites). Sin embargo, este propósito ha dado lugar a dos partes, aunque muy relacionadas, excesivamente extensas. Por lo que contando con la benevolente generosidad de la Dirección de la *RES*, hemos acordado, en principio, la eventual publicación en un próximo número de la revista de la segunda parte —centrada en las circunstancias del «oficio de sociólogo», y de las diversas formas de la actividad sociológica en el presente (A. O.)—.

paña democrática. Entre el temor y la esperanza, el Congreso venía, además, a coincidir con el momento histórico en el que unos y otros empezábamos a tomar más o menos confusamente conciencia de que, acelerado por la propia frustración del *pronunciamiento militar*, quizás se estaba produciendo el giro decisivo final de la *Transición* postfranquista¹. Una visión y prognosis sociohistórica confirmada un año más tarde por el acceso al Poder gubernamental del reciclado PSOE. —con su amplio triunfo electoral del 28 de octubre de 1982—; pues la hegemonía política de este reconstruido partido, por poco que tuviese que ver ya con el militante socialismo obrerista de la II República, simbolizaba la definitiva consumación en España —en el marco de una Monarquía parlamentaria— del modelo europeo de democracia liberal.

En todo caso, a los pocos meses del 23/F, desde la perspectiva sociohistórica del largo plazo, se iba poniendo cada vez más en evidencia que el «viejo tigre» del «pronunciamiento militar» decimonónico, sobre el que se empeñaba en cabalgar el desconcertado teniente coronel Tejero, era ya un «tigre de papel». Por mi parte, hacia junio de 1981, en nuestro modesto *Boletín*² de la entonces llamada Asociación Castellana de Sociología (luego reducida a «Madrileña»), me había atrevido a evocar, con referencia al fallido «tejerazo», la célebre proposición marxiana de que los más trágicos acontecimientos históricos concluyen repitiéndose como envilecida farsa. Porque en contraste con la amarga y trascendente madrugada del 3 de enero de 1874, en la que el golpe «pretoriano» del general Pavía liquida (ya por más de un siglo...) el proyecto (fundacional y renovador) de la I República Federal, la farsa (intempestiva y «zarzuelera») del 23/F de 1981 estaba destinada, en cambio, a concluir en un «vodevil» entre rancios «conspiradores de salón». De un lado, en la tragedia de 1874, el «caballo de Pavía» con el atropello del mito de «la Federal», destroza un sueño político de profunda *reconciliación nacional democrática*, entonces dramáticamente inviable, pero quizás todavía necesario; de otro, en la representación *mass/mediática* de 1981, los «enredos del tejerazo» acaban evo-

¹ Las sesiones del I Congreso de Sociología, de la Federación de Asociaciones de Sociología del Estado español (FASSE), convocado con el lema de «Nuestra Sociología hoy», transcurrieron en la Universidad de Zaragoza, durante los días 24-27 de septiembre de 1981. Mientras el acto inaugural tuvo lugar en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento (Plaza del Pilar), con la conferencia «De la guerra civil a la transición democrática: resurgimiento y reinstitucionalización de la Sociología en España», de Alfonso Ortí, como ex-presidente de la Castellana (publicada en el folleto conmemorativo del Congreso de la Asociación Aragonesa de Sociología, de 1982).

² La reflexión sobre la República Federal como forma de Estado necesaria para la consolidación de un modelo mínimo de «democracia burguesa» en la conflictiva sociedad ibérica ha sido una preocupación permanente a lo largo de mi vida, a partir de mi «tesina» de Licenciatura sobre «El Federalismo español en la República de 1873» (Valencia, 1955), dirigida por mi maestro como historiador, el profesor José María Jover Zamora, recientemente fallecido (1990-2006). Por lo que con esta misma imagen del «tejerazo», se inicia mi artículo de revisión crítica de «Transición postfranquista a la Monarquía parlamentaria y relaciones de clase: del desencanto programado a la socialtecnocracia transnacional», publicado en la revista *Política y Sociedad*, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Complutense (núm. 2, 1989, pp. 7-19).

cando un «juguete cómico» sobre un escenario (silentemente) fundamentado por las nuevas estructuras de poder. Y de tal modo, para algunos de los que fuimos pacientes (y más bien cómodos) espectadores de aquella movida madrugada televisiva, la finalmente «irresistible comicidad» del «tejerazo» —como escribí en mi «artículo» de 1981— «surgía de la evidencia de que sus (grotescos e histéricos) protagonistas, aunque pudiesen llegar a matar, se habían equivocado de siglo». En efecto, el siglo XIX se había terminado —¡por fin!— también en la España de los años ochenta.

Pues en el nuevo orden sociopolítico conformado por la Transición (*transaccional*), y legitimado por la Constitución de 1978, los auténticos «poderes fácticos» se encontraban —en última instancia— en lugares muy distintos a los patios de los cuarteles. En trance de incorporarse plenamente al privilegiado «club» de la Comunidad Económica Europea (tras la firma del Tratado de Adhesión en junio de 1985), en la España de inicios de los años ochenta los centros de poder más decisivos, *a medio plazo*, en la orientación del desarrollo nacional posible, se habían desplazado, hacía mucho, desde las salas de armas y banderas a lugares e instancias más «civilizadas» y determinantes del futuro. Ya que pronto se haría evidente que las instancias y centros de decisión residían más que nunca en el almacén corporativo de la dinámica *inner society* productiva, correspondiente a la nueva fase y modelo *neotecnofinanciero* de desarrollo capitalista *globalizado*³. Un almacén corporativo o *managerial* al servicio del capital peninsular y multinacional articulado por una renovada red jerárquica empresarial y *tecnoprofesional*, en cuanto administradora —conjuntamente con los «cuadros» políticos del PSOE— de la próxima *remodelación socioeconómica postkeynesiana* como «salida de la crisis» de los años setenta. Mientras la vergonzante derrota del último e intempestivo ensayo de «pronunciamiento decimonónico» iba a tener —de 1981 al 1982— las consecuencias paradójicas de reforzar los procesos de *liberalización* y *secularización* en curso en la esfera de la cultura popular, promovidos por los órganos cada vez más influyentes de una comunicación *mass/mediática* en diversificada expansión. Procesos liberalizadores correlativos de la *democratización formal jurídico-política*

³ En su origen, la expresión y concepto de *inner society* (en cuanto, «sociedad interna» o bloque hegemónico de Poder integrado), procede de un informe «tranquilizador» del sociólogo norteamericano Clark Kerr, Presidente —en su momento— de la Universidad de California, frente a las revueltas de fines de los años sesenta. A demanda precisamente de la Presidencia de los EEUU, Kerr (aproximándose, para el caso, a una concepción «marxianista» de la «hegemonía estructural»), trivializa los movimientos de protesta norteamericanos de la época («contestación estudiantil», motines urbanos en los *slums* de población negra, parados, etc.), dado su carácter de «elementos externos» de oposición al sistema, carentes de poder o «fuerza estructural». (Cfr. *La sociedad multidimensional*, Madrid, Guadiana, 1970). La adaptación de este mismo enfoque al proceso de consumación de la «salida del posfranquismo» en la España de los años ochenta, permite caracterizar a la emergente *inner society* de la época como una «socialtecnocracia» —básicamente representativa de las «nuevas clases medias altas funcionales» (con predominio de los economistas proliberales)—, que en alianza con el *capitalismo neotecnológico multinacional*, tiende a desestructurar el «dinamismo socializador» del movimiento obrero.

abierta por el orden constitucional de 1978; al mismo tiempo que, no sin tensiones, se iniciaba la progresiva *descentralización autonómica*. Por lo que a pesar de que la sombra alargada de los viejos conflictos y temores de la historia peninsular contemporánea aún se proyectaba, de forma general, sobre la conciencia de la ciudadanía, parecía cada vez más evidente que la España de 1981 caminaba, a medio plazo, hacia su conformación como una *sociedad civil pluralista*, homologable con la europea «canónica».

Tal era, en fin, el clima sociopolítico dominante —desde mi propia memoria y perspectiva histórica— en el momento mismo —en el otoño de 1981—, en el que tuvo lugar el Congreso sociológico de Zaragoza. Un clima de expectantes y contrapuestas vivencias, divididas entre el deseo de progresivos avances de una democratización general del Estado y las incertidumbres del aún posible retorno represivo del interminable pasado autoritario. Con mayor o menor conciencia de unos y otros, se iba así configurando el *clímax* de reafirmación de la *salida liberal-democrática* como desenlace definitivo de la Transición. Y en este sentido, el fracaso del «tejerazo», en cuanto última «puesta a prueba» —disipando la tentación regresiva a una gobernación «preparlamentaria»—, confirmaba la única forma histórica de *hegemonía política* posible para el sistema dominante: la fórmula de una articulación del «parlamentarismo de partidos», centrado en torno al *hecho de la monarquía de Juan Carlos de Borbón*, como lugar del tácito pacto de *todos* los verdaderos «poderes fácticos» (*franquistas y postfranquistas*). Pues para consolidar *sin ruptura* el orden burgués y relanzar el desarrollo capitalista en crisis se trataba de establecer un *pacto estabilizador interélites* —solemnizado por los Pactos de la Moncloa de 1978—, definidor de una nueva *alianza hegemónica*⁴ de las fuerzas ahora

⁴ La cuestión —específicamente sociológica— de la alianza entre las que (vengo caracterizando sociohistóricamente) como «viejas clases medias altas patrimonialistas» y «nuevas clases medias altas funcionales», en cuanto base del *pacto político interélites*, fundacional de la «Transición a la Monarquía parlamentaria», es abordada —entre otros textos— en mi artículo (A.O.) sobre: «Estratificación social y estructura del Poder: Viejas y nuevas clases medias en la reconstrucción de la hegemonía burguesa», publicado en la obra colectiva *Política y sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, vol. II, Madrid, CIS/CES, 1987, pp. 711-736. Mientras que prolongo la revisión crítica del proceso de «Transición al juancarlismo sociológico» (en cuanto *Aufhebung* del un día llamado «franquismo sociológico»), también en otros textos sobre las relaciones *entre estratificación social y Poder político*, como en el artículo: «Para una teoría de la sociedad de las clases medias de los ochenta. La estratificación competitiva como universalización de la dominación del capital», publicado en la revista: *Documentación social*, núm. 88, julio-septiembre 1992. Textos centrados en el análisis sociohistórico del *proceso de reconversión sociopolítica* del viejo proyecto europeo «socialdemócrata», por su transmutación en la forma de dominación y el conjunto de prácticas «socialtecnócratas» de *desestructuración del movimiento obrero*, en cuanto fuerza política. Lo que se va imponiendo mediante la *flexibilización de la «fuerza de trabajo»*, la *fragmentación y reconversión empresarial permanente*, asociada a la *reconversión neotecnológica*, y a la *hegemonía «universalista» del capital financiero*, etc. etc., en tanto exigencias de la «globalización del capital multinacional», en la fase sociohistórica que denomino «*tercera modernización capitalista*». En el caso español, este profundo proceso de *reconversión social procapitalista* viene a ser realizado por la «socialtecnocracia» gobernante del señor González Márquez (con sus colaboradores y representantes más significativos en las militantes *figuras «procapital»*

dominantes —excluidas las de las indómitas «militancias independentistas»—. Pacto reafirmado en 1981, para el que iban a trabajar los medios de comunicación hegemónicos, movilizando a la ciudadanía, y que, como se esperaba, sería un proyecto ampliamente refrendado por las elecciones de octubre de 1982. Con lo que se decantaba así, en definitiva, la fórmula política áurea del nuevo Régimen —gestionada por los jóvenes y triunfantes cuadros del PSOE—, y correspondiente a una «formación de compromiso» entre las viejas y las nuevas *clases hegemónicas* (esto es, según mi propio modelo, entre las *viejas clases medias altas patrimonialistas* y *las nuevas clases medias altas funcionales*). Una «formación de compromiso» fundada sobre un cierto «pacto de amnesia histórica» —como tantas veces se ha insistido—, que hibernaba la tragedia de la Guerra Civil de 1936, a la vez que desdibujaba el marco represivo real de la Dictadura, en el que se había desenvuelto la «larga marcha por la recuperación del lugar de la Sociología» en la España de mediados del siglo xx.

de los señores Boyer y Solchaga), para culminar finalmente, hacia 1990, con la ola de «especulación financiera», a la que da lugar la vía y el modelo de desarrollo elegido. Mientras la (más o menos forzada) renuncia a la República por el bloque gobernante de los años ochenta (1982-1996), compensada por la profundización, como vía política sustitutiva, de un *autonomismo «bilateralista»* (y desigualitario), privilegia a los *poderes y clases periféricas «particularistas»*, precisamente de las regiones más desarrolladas (en la tradicional y desequilibrada divisoria peninsular nordeste/suroeste), frustrando una *democratización federal «multilateralista»*. Todos estos procesos se van articulando, además, en un clima de *individualización* y «destrucción ideológica de lo social-global», que privilegia a *la diferencia* (de los que la disfrutan) frente a *la igualdad* (de los carentes), de forma coherente con la lógica capitalista de las relaciones mercantiles. Y en este sentido, al primar la *privatización de empresas básicas y sectores públicos*, la hipercompetitividad financiera, «profesionista», «mediática», etc., etc., con la celebración de la doctrina del éxito y del enriquecimiento de las capas superiores, el *modelo socialtecnócrata* de las «clases medias altas funcionales» concluye (si se quiere: paradójicamente), reforzando las tradicionales bases hispánicas del patrimonialismo burgués. Retornan así en el escenario político figuras decimonónicas como las del advenedizo banquero señor Mario Conde (en el círculo de las nuevas «elites altoburguesas juancarlistas»), así como resurgen, en el mismo lugar de convergencia de la (corrupta) política urbanística municipal con la cultura del espectáculo *mediático*, personajes tan significativos, de forma *ostentórea*, como el (ya fallecido) don Jesús Gil y Gil. Personajes mediáticos y figuras políticas que parecen ser reencarnaciones (más o menos *aggiornatas*) del universo *oligárquico-caciquil* del sistema canovista de fines del siglo xix. Una reencarnación que, de forma finamente estilizada, tiene una de sus versiones más encumbradoras, por ejemplo, en la actual Presidenta de la Comunidad de Madrid, doña Esperanza Aguirre (pues como observo, al paso, en mi reciente artículo, «tan distinguida dama... orgullosa de su prístino liberalismo, ilustra, tanto por su origen y condición social como por su concepción del Estado, los más acendrados valores... de la *burguesía patrimonialista* del xix; un modelo social... que contó con la rendida admiración de Antonio Cánovas del Castillo, convirtiéndolo en la base sociopolítica elitista y en el estamento gobernante de la Monarquía de la Restauración»; *cfr.*: «Oligarquía y patrimonialismo: La crítica por Costa y Canalejas de la Restauración», *Ferrol Análisis*, núm. 20, pp. 119-129, Club de Prensa de Ferrol, 2005). En fin, la *reconversión final de la «socialdemocracia» en «socialtecnocracia procapitalista»* de los años ochenta, con la reafirmación hegemónica de *los valores y prácticas «liberal-privatistas»* y la primacía del *desarrollismo inmobiliario y turístico*, etc., etc., contribuyeron a preparar el (infortunado) ascenso al Poder del «azarismo», en cuanto actualización (reaccionaria) del más rancio *patrimonialismo burgués*. Ya que representando, sin duda, una involución política, el Gobierno del señor Aznar (1996-2004), no dejaba de ser una consecuencia de todas las «disformidades» y carencias del proceso de «Transición juancarlista».

2. 1956: EL DESPERTAR DE UNA VOCACIÓN GENERACIONAL

En la encrucijada histórica de 1981, entre el temor a una nueva regresión represiva de la libertad cultural y la esperanza de su definitiva recuperación, el Congreso de Zaragoza pretendía representar, ante todo, una reafirmación del destino que durante tantos años —al menos, desde 1939—, había unido en nuestro país *la causa de la Sociología con la de la democracia*. Como fruto de un trabajo de base y de una concepción federal, la convocatoria del Congreso se abrió así a todos los grupos y personas —sin acepción de *status*, ni de orientación metodológica—, comprometidas con la causa de una *Sociología en libertad*. Y con la apuesta decidida por alcanzar, de una vez por todas, su consumación pluralista, tanto intelectual, como profesional.

Pues en el ambiente de inocente exaltación del Congreso de Zaragoza, se expresaba la conciencia de estar alcanzando la meta, en fin, de esa reconquista e institucionalización del «lugar de la Sociología» en España, con la que —en un «tiempo de silencio», en la soledad represiva de inicios de los años cincuenta— habíamos soñado algunas reducidas minorías universitarias —procedentes principalmente de las Facultades de Políticas, de Derecho, de Historia, de Filosofía... en fin, incluso, de algunas Escuelas Técnicas—. Grupúsculos que desde un tiempo tan radicalmente distinto como el actual, pueden ser vistos como minorías que (si se quiere) fueron (y somos ya) pura paleontología sociológica, pero en las que precisamente la vocación por la investigación sociológica arraigó de forma espontánea con toda la fuerza de la pasión por comprender los laberintos hacia la libertad de una sociedad traumáticamente bloqueada en su desarrollo, como aún era la España de 1950.

Por eso mismo, aquella apasionada renovación generacional de la vocación sociológica tuvo lugar en el marco aperturista y tolerante del Ministerio de Educación del profesor Ruiz Jiménez, de forma paralela al movimiento en pro de la autonomía universitaria, cuya infortunada frustración final desembocó en los conflictos estudiantiles de 1956 —como he señalado, por mi parte, en distintas ocasiones⁵—. Conflictos cuya conmemoración, por una curiosa circunstancia, coincide con la del XXV Aniversario del Congreso de Zaragoza. Ya que hace ahora cincuenta años, en uno de los febreros más fríos del pasado siglo, la represión policial de la Dictadura clausuraba drásticamente aquel primer intento —según suelo caracterizarlo— de abrir

⁵ En diversos textos he insistido, por mi parte, en la significación histórica del ensayo de *liberalización universitaria* del Ministerio Ruiz Jiménez, en los primeros años cincuenta, y sobre todo de su abrupta y represiva interrupción en 1956, tanto como principio de la sorda lucha por la «recuperación del lugar de la Sociología en España», como igualmente para la conformación de la conciencia política y el horizonte vital de la, por ello mismo, denominada *generación del 56*. En este último sentido, *vid.* mi nota autobiográfica: «En el margen del centro: la formación de la perspectiva sociológica crítica de la generación de 1956», en el primer número (septiembre 2001), pp. 119-166, de esta misma y acogedora *Revista Española de Sociología* de la FES.

una «vía pequeñoburguesa para la recuperación de la democracia burguesa». Aquella revuelta universitaria, ciertamente fue apenas un chispazo, una bengala meteórica, pero —como se ha dicho tantas veces— anticipaba —veinte años antes— el que iba a ser el destino democrático manifiesto de la transición postfranquista.

Ya casi nada volvió a ser como antes, pero la lucha conjunta por la democratización ciudadana y por el «lugar de la Sociología» iba a continuar constituyendo una sorda batalla de veinte años más. Por una parte, los jerarcas del Régimen —asombrados por la animadversión de las minorías universitarias más conspicuas—, comprendieron que empezaban a perder la lucha por la hegemonía ideológica. Y al poco tiempo, el *economicismo* iba a sustituir en el discurso oficial a cualquier ideología movilizadora, mediante la retórica «seudotecnocrática» de un alto funcionariado a la vez «integrista» y procapitalista. Por otra parte, de la «derrota generacional» del 56 —como la ha calificado mi compañero Ángel de Lucas (activo sujeto del movimiento de protesta y resistencia)—, iba a surgir la renovación de una conciencia crítica del presente, así como de una historia social desmixtificadora del pasado más inmediato.

En definitiva, en espera del glorioso advenimiento de la «generación del 68» —permitidme esta pequeña ironía generacional—, con la que podemos llamar «generación universitaria del 56» se iniciaba una larga y silenciosa marcha en pro de un espacio institucional para la Sociología. Marcha, en principio, reducida a pequeños núcleos de «sociólogos vocacionales», faltos de expectativas y medios, y generalmente incomprendidos. Porque la entonces mítica pasión por la Sociología de los años cincuenta y sesenta surgió a la vez conjuntamente como conciencia crítica del presente y como postulada ciencia rigurosa de los problemas sociales concretos. De hecho, se constituyó prácticamente bajo la forma de una «causa sociológica general», que unía a unos y otros en pro de la creación de un «campo sociológico» global y abierto, como lugar de encuentro y de debate entre todas las corrientes y escuelas. Por lo que no es casualidad el que entre los que perseveraron de aquella casi protohistórica *generación del 56* se encuentren personalidades tan representativas con el tiempo de las distintas corrientes de la nueva Sociología española como los profesores Jesús Ibáñez y Salustiano del Campo, compañeros de promoción de Políticas, y amigos personales de por vida, aunque se les sitúe, por lo general, en posiciones bien diferenciadas del espectro ideológico. Mientras resulta igualmente significativo que a aquella misma generación pertenezcan los dos primeros Presidentes de la Federación, los profesores José Cazorla y Salvador Giner. Y del mismo modo, algunos otros nombres relevantes de la propia *generación del 56*, para el desarrollo sociológico español de la segunda mitad del siglo, que irán apareciendo, dentro de la forzada brevedad del presente texto. Pues si bien internamente divididos —como todas las generaciones—, por sus muy distintas, y a veces contrapuestas, orientaciones ideológicas personales, en una época inicial —digamos: entre 1956 y 1963 (en coincidencia con la «salida liberalizadora» del «segundo franquismo») —, los «sociólogos vocacionales del 56» compartieron, en principio, una misma «causa sociológica general», en cuanto proyecto institucional

necesariamente asociado con la causa de la libertad política. Con lo que se empujaba así un camino, en el que el Congreso de Zaragoza de 1981 representaría uno de sus momentos históricos culminantes.

Tal *causa sociológica general* unía además prácticamente a toda una nueva —aunque mínima y raquíta— generación de «sociólogos *inferi*», en la preocupación por la libertad de la investigación social, frente a los recelos paranoicos, los controles y censuras e incluso la mendaz propaganda del Régimen dictatorial. Y en este sentido, puede decirse que «todos los interesados por la teoría y la realidad social a fines de los años cincuenta..., compartíamos un mismo (e idealizante) entusiasmo por la lenta y esforzada lucha por la recuperación de la *investigación social empírica*»— como he escrito, no hace mucho, en el libro-homenaje al profesor José Jiménez Blanco, otro conspicuo «sociólogo fundacional» de la generación universitaria del 56—. Idealización del *empirismo sociológico* en cuya *ala crítica* extrema se encontraba la fracción decididamente «antifranquista» que aspiraba a contraponer a la autosuficiencia informativa de la Dictadura la propia «demagogia de los hechos»⁶, según la afortunada expresión del «espíritu de la época» del político exilado y sociólogo Ignacio Fernández de Castro. (Una personalidad independiente, al margen del «establecimiento universitario», nacido en 1919, y que por su mayor edad podía ser considerado más bien como precursor de la *generación del 56*, cuyo bloque central de jóvenes estaba compuesto por los nacidos desde fines de los años veinte a fines de los años treinta; es decir, por los a veces llamados «niños de la Guerra Civil».) Porque estos «niños de la guerra» íbamos a crecer en los años cuarenta, como adolescentes, dentro de una «cámara anecoica» y de una realidad secuestrada —como he escrito en diversas ocasiones— por los vencedores del movimiento contrarrevolucionario de 1936. (Un movimiento, por cierto, del que ahora se cumplen también setenta años, con un recuerdo de horror y de tristeza, promovido, sin duda, por la fracción más reaccionaria de la oficialidad del Ejército; pero que, en última instancia, históricamente respondía a la reafirmación de la regresiva *hegemonía oligárquica de la «gran propiedad burguesa»*, inspirada por, digamos, un *nacionalpatrimonialismo*, reasegurado por la Dictadura militar, y legitimado por el *nacionalcatolicismo*. Pues para «el buen sociólogo» de lo que se trata es de «*comprender* el pasado para *conocer* el presente», como postulaba el gran historiador Pierre Vilar). Por nuestra parte, para la mayoría de los adolescentes de «clase media» de los años cuarenta, ni se nos permitía «comprender

⁶ Subrayo precisamente como principio de la «causa sociológica general», la coincidencia de los sobrevenidos «sociólogos vocacionales» de la *generación del 56* en un mismo entusiasmo por la recuperación y desarrollo de la *investigación social empírica*, en mis «fragmentos» sobre «El debate interminable: El constructivismo sociológico entre la imaginación dialéctica y el empirismo analítico», en pp. 991-1012, del libro homenaje al profesor José Jiménez Blanco, *La sociedad: teoría e investigación empírica*, Madrid, CIS, 2002. Por su parte, Ignacio Fernández de Castro, radicalizó críticamente esta misma reivindicación originaria del «empirismo sociológico», como arma de denuncia del orden social del Régimen franquista, con el sugestivo título de su libro, *La demagogia de los hechos*, Ruedo Ibérico, impreso en Suiza, 1962.

el pasado», ni «conocer el presente»⁷; pero, por eso mismo, en algunos de nosotros, la vocación sociológica arraigó como pasión por *comprender el pasado, para empezar a conocer el presente*.

De ahí el carácter profundo y dramático del renacimiento de esta vocación sociológica, que iba mucho más allá del interés intelectual por una cierta «forma de saber» o «disciplina», o por un ejercicio profesional en particular; pues la vocación por conocer mejor la sociedad circundante se encontraba unida a la aspiración por reconstruir el derecho democrático de ciudadanía, e incluso de recuperar la identidad histórica. Si bien, de forma consecuyente, entrañaba al mismo tiempo, una vez iniciados los estudios universitarios, una decidida, y en gran parte frustrada, inclinación por las denominadas «ciencias sociales», en una situación de aislamiento y desconcierto. Porque conjuntamente con la ruptura represiva de la tradición liberal de la brillante cultura española de la llamada «edad de plata» (de los años veinte y treinta), se había sometido a una relegación histórica y a un tácito «cordón sanitario» a los propios *estudios sociológicos peninsulares* —incluida la resistencia a la creación de cualquier Facultad o sección de *Sociología*—, rompiendo así también, de hecho, con la necesaria continuidad evolutiva de una *tradición sociológica propia o nacional*, concreta y más o menos original y vivificadora. En un estudio de reciente publicación, tratando precisamente de las aportaciones metodológicas específicas de la obra de Joaquín Costa «en los orígenes de la Sociología española», el sociólogo Ignacio Duque —como significativo miembro de la primera promoción (1977) de licenciados de la Facultad de la Complutense—, reflexionaba, tras «una evocación hecha desde la melancolía», lamentándose de «no haberse beneficiado con una tradición que se hubiera mantenido más viva, en su pasión por lo concreto y por lo cercano»⁸. Dado que el desconocimiento de la «investigación del propio país» causado —observa Duque— por «los traumáticos... conflictos españoles y la cesura que la Guerra Civil trajo sobre el desarrollo de las ciencias sociales», tuvo aún negativas consecuencias sobre «las carencias... de quienes nos formamos en la universidad española de los setenta». Carencias de la propia formación, de una tradición viva y cumulativa, y de maestros y espacios de encuentro, y de inserción en núcleos de desarrollo del conocimiento sociológico estimulantes, etc., que en los años cincuenta, se dramatizaban, además, por el recelo y la censura, más o menos sutil, de todo tipo de autoridades, incluida parte de las académicas, ante «lo sociológico». (En este sentido, como nos confesó en 1957, el ex-ministro Joaquín Ruiz Jiménez, en el Colegio Mayor «Aquinas», uno de sus proyectos más acariciados, como era el de la fundación de una Facultad de Sociología, había chocado con la incultura de una parte de la élite gubernamental que confundía «la Sociología» con «el socialismo», y así iba a seguir siendo durante muchos años). Sólo finalmente, en los confusos, aunque du-

⁷ Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1980, p. 12 y p. 20.

⁸ Ignacio Duque, «Los estudios de Joaquín Costa sobre Derecho consuetudinario y Economía popular en los orígenes de la Sociología española», pp. 497-560, de la obra colectiva: *Historia de la propiedad: costumbre y prescripción*, Madrid, Servicio de Estudios del Colegio de Registradores de la Propiedad.

ros, y agónicos momentos últimos de la Dictadura franquista, a principios de los años setenta, llegó a ser posible la instauración de Facultades o secciones de Sociología. (Lo que en el proceso de la Complutense dio lugar a una batalla política, institucional e ideológica —y caciquil!—, que algunos de los que participamos en la misma —en mi caso como representante de los PNN en la Comisión de Estudios—, todavía recordamos, en cuanto expresión de las pasiones que aún suscitaba la difusión —y control— del puro significante, más que signo, de «sociología»). Pues bajo la denominación genérica de «sociología» se encontraba —entonces y ahora— un complejo «campo sociológico» —histórico, pluralista y conflictivo—, atravesado por una permanente confrontación ideológica, con formas constantemente renovadas —dando a la noción de «campo», desde luego, una dimensión mucho más amplia y profunda, que la restrictiva que parece querer fijarle el sociólogo francés Pierre Bourdieu, aquejado de una «manía conceptual apropiadora», bien característica del *personalismo academicista* del «mercado cultural parisino»⁹—. Pero entre 1956 y 1965 (por señalar dos momentos claves del movimiento universitario de *resistencia antifranquista*, coincidentes con cambios decisivos de la coyuntura sociopolítica), la «causa sociológica general» iba a seguir creando un cierto «compadrazgo de intereses» entre gran parte de la variopinta fauna «prosociológica». «Compadrazgo» emergente a partir de 1956, y vinculado a la común esperanza para «la causa general» en una incipiente *liberalización cultural* del Régimen, correlativa de su forzoso viraje hacia el *desarrollismo economicista*.

3. DESARROLLISMO CAPITALISTA DEPENDIENTE Y MODERNIZACIÓN AUTORITARIA: UN TIEMPO DE EXPECTATIVAS (1959-1963)

Que casi de forma súbita, en torno a 1956, el término «sociología» (en cuanto abstracto o puro significante, en su múltiple equivocidad), fuese a convertirse en un término vanguardista, signo de un futuro de «liberación» y/o de «desarrollo», tenía —como vengo manteniendo desde hace mucho— una profunda significación histórica, aunque la misma tan sólo conmoviese a unas reducidísimas minorías universitarias de la época. Dado que el fracaso estrepitoso en 1956 del débil intento de (simple) *liberalización política «desde dentro» del Régimen*, que había supuesto el ensayo de «aperturismo» del Ministerio de Educación de Ruiz Jiménez cerraba (para siempre) la vía de la *política institucional* como salida de la Dictadura; mientras desplazaba (por el momento) las aspiraciones y esperanzas reformistas y progresivas hacia el plano de *lo social*. Lo que suponía tanto el principio del *redescubrimiento de lo social*¹⁰, como, en consecuencia, el inicio de una reflexión

⁹ Pierre Bourdieu, *Science de la science et réflexivité*, editado en España, como *El oficio del científico*, Barcelona, Anagrama, 2003.

¹⁰ Elías Díaz, *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*, 2.^a ed., Madrid, Tecnos, 1992, p. 83, y pp. 88-90.

crítica sobre las *relaciones entre «política» y «sociedad»*, en cuanto cristalización histórica *estructural* y clave del cambio progresivo, etc., (o lo que es lo mismo: el inicio de una *reflexión sociológica*). Porque *lo social* era —se pensaba— aquella realidad viva que se encontraba, *que debía encontrarse* como base y fuente de futuras transformaciones progresivas, más allá del Régimen dictatorial y de su mixtificadora propaganda; mientras la *reflexión sociológica* devenía —se deseaba— aquella forma de conocimiento teórico-empírico que permitiría, esto es, que *debía promover* la comprensión y el mejor encauzamiento —desde la *base estructural* real de la sociedad— de esas mismas transformaciones posibles y necesarias. Despertando así del «sueño dogmático» de la primacía de *lo político institucional*, los componentes de esta primera «generación vocacional de redescubridores de la Sociología» (aunque internamente diferenciada en sus motivaciones y orientaciones ideológicas), coincidían —con mayor o menor convicción— en una esperanzada y excesiva idealización de su recién descubierta pasión intelectual. Y de tal modo (más bien singular en la Europa en desarrollo de la época), intentando salir de la amnesia histórica y del forzado oscurantismo ideológico de la Dictadura, empezó a convertirse el redescubrimiento generacional de «la Sociología» en *un signo del progreso posible*, y en una apuesta de futuro. Si bien en el mito iluminista de una «Sociología para el cambio o transformadora» se entrelazaban ya, de forma latente y ambigua, las concepciones contrapuestas de «un saber» (para la emancipación sociopolítica), y/o de «una ciencia» (para la racionalización organizativa).

Semejante ambigua mitificación precisamente cristalizaba en la España de fines de los años cincuenta, en el momento mismo en que, con el fracaso definitivo del *modelo franquista de la autarquía (nacionalpatrimonialista/A. O.)*, empezaba a plantearse, como única salida de la crisis para el sistema económico, la *integración subordinada* —como mercado secundario de excedentes (más o menos obsoletos)—, en el vigoroso desarrollo industrializador del capitalismo europeo de la época. Consumado así el fracaso histórico de la *burguesía nacional* (incluidas, claro está, las burguesías catalana y vasca, etc.) —es decir, puesta en evidencia la incapacidad para culminar, de forma endógena, la «segunda modernización» capitalista occidental—, se imponía (venciendo probablemente las resistencias *malthusianas* del viejo Dictador), el *Plan de Estabilización del 59*. Tenía lugar así la *ruptura económica* fundamental (Ramón Tamames), como un necesario precedente *no* de la «ruptura política» (de 1976-1977) —una pura ficción propagandística (como confesó un día en TVE el socialista... del PSOE, Luis Solana, con su ingenua desfachatez)—; más bien, por el contrario, para que el *orden hegemónico burgués* se sucediese a sí mismo un día, cuando se produjesen las previsiones sucesorias, más allá de la dictadura militar, mediante la que había sido defendido durante cuarenta años¹¹. De tal modo,

¹¹ Ramón Tamames, *Estructura económica de España*, 2.ª ed., Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1964. Joan Clavera, Joan M. Esteban, M. Antonia Monés, Antoni Montserrat y J. Ros Hocabravella, *Capitalismo español: De la autarquía a la estabilización (1939-1959)*, 2 tomos, Madrid, Editorial Cuadernos para el Dialogo, 1973.

poco tiempo después de 1956, en lo más profundo de la crisis económica y hacendística de 1958 (durante la que los privilegiados postgraduados becarios del Colegio Mayor César Carlos empezamos a pasar incluso un hambre relativa), el *bloque burgués en el Poder* (y quizás en contra de la voluntad personal del cada vez más prescindible Dictador), súbitamente casi —y sin la menor resistencia de los iracundos *nacionalistas* pequeño-burgueses del Movimiento—, decidió que *desarrollismo ya*, y como fuese. En los márgenes del sistema, otros jóvenes pequeño-burgueses —más o menos confusos, unos y otros, sobre sus ambiguas motivaciones, pero con distintas orientaciones ideológicas—, coincidían a la vez en que con «el desarrollismo», y la consecuente nueva fase de *movilización social*, llegaba también «el tiempo de la Sociología».

Un «tiempo de la Sociología» que en términos reales (y profesionales) iba a ser más bien un «tiempo para la Economía»; pero que en torno a 1960 empezaba a entrañar —para los jóvenes pequeño-burgueses universitarios en fase promocional—, un tiempo grávido de expectativas sobre los cambios transformadores (y/o promocionales) de la apertura económica liberalizadora y el consecuente *desarrollo nacional*. Si bien, ante todo, supondría la ruina, el desarraigo, el paro y la emigración para cientos de miles de trabajadores —en el campo, como jornaleros o campesinos parcelarios, o en *oficios manuales* y pequeños talleres o servicios, etc.—, del aún vasto mundo ibérico de la *pequeña producción* (pues *el desarrollo* y la *europización*, representaban ahora —como desde hace tiempo vengo proponiendo—, la tardía, y casi intempestiva, culminación —también en España— de la *Segunda Modernización capitalista*. O lo que es lo mismo, la superación de la anacrónica hegemonía del *patrimonialismo burgués*, sobre las bases de una «pequeña producción, más o menos ampliada» —sostén a su vez de la forzada forma de la Dictadura militar, como el genial e ingenioso «trilero» socio-economista Joseph A. Schumpeter supo ver bien, ¡en 1946!—, con el paso definitivo al «gran capitalismo corporativo multinacional» y la «gran producción industrial en masa». Modelo estructural —subordinado y dependiente en el caso español *tardo franquista*—, que posibilitaba —con la transferencia de excedentes y tecnologías acumuladas por el capitalismo occidental, etc.— un peculiar *desarrollismo autoritario*. Mientras convertía en necesaria, ahora, no sin luchas obreras, aquella misma *reforma prosocialdemocrática* contra la que la *gran burguesía patrimonialista* había desencadenado, por cierto, en 1936 una última *guerra civil totalitaria*; una reforma que iría abriendo paso a la instauración del *Estado social del Bienestar*, y al despliegue de la *sociedad de consumo*, etc., etc.)¹². Se trataba, en fin, de procesos complejos que, al igual que había ocurrido ya en la Europa capitalista plenamente desarrollada de 1960, con todo, presuponían también para «la Sociología», —como «oficio» y como «disciplina universitaria»—, expectativas para un próximo «despege».

¹² Gregorio Rodríguez Cabrero, *El Estado del Bienestar en España: debates, desarrollos y retos*, Madrid, Fundamentos, 2004.

Sin embargo, fuera de las citadas minorías universitarias —o de grupos de trabajo de orientación comunitarista y solidaria, o incluso de células políticas, más o menos clandestinas y radicales—, la significación de lo que podía entrañar «la Sociología» —empezando por el propio y entonces más bien extraño significante—, era, a inicios de los sesenta, para la inmensa mayoría de la población —tan poco culta, como temerosa—, objeto de desconocimiento y perplejidad, cuando no de grosero desprecio. Mientras esta misma ignorancia, o con mayor frecuencia displicente desprecio, eran compartidos, de forma más elegante e irónica, no sólo por los universitarios de carreras u orientación tecnocrática (que en su mayoría, en aquella época, solían no enterarse de nada, fuera de su especialidad), sino que igualmente venían a ser característicos de aquellos otros decididos, ante todo, a promocionarse mediante «reñidas oposiciones» (*sic*) de acceso a los más elitistas (y aprovechados) «cuerpos funcionariales». (De forma significativa, en el Colegio Mayor César Carlos, de Madrid, de los años cincuenta y sesenta, pléyade de los postgraduados de más brillantes «currícula», y cantera de futuros ministros, embajadores, directores generales, magistrados, Rectores, abogados del Estado, catedráticos, notarios, etc., la «afición sociológica» era más bien un objeto humorístico. Entre la burla y la compasión, el «desviante» grupito —en torno a la singular figura de Jesús Ibáñez— de «amantes platónicos» de «la Sociología» —una supuesta especialidad sin *cátedras*, puestos remunerados, «ni oficio, ni beneficio»—, éramos irónicamente estigmatizados como «ociólogos». Aún recuerdo que uno de los colegiales, reconocido neurocirujano —tipo muy divertido, pero por lógicas razones científicas y profesionales, algo sádico—, solía decirme, con socarronería, «lo vuestro son las lecturas variadas». Tenía razón, «saber leer» la diversidad social —interpretarla, explicarla, argumentarla—, en sus contextos sociohistóricos alternativos, como encrucijada de *lo deseable*, *lo necesario* y *lo posible*, viene a ser —pienso—, entonces y ahora, «el alma de la Sociología».) Pero más allá del desdeñoso asombro por el interés hacia una «disciplina» para la que no existía ningún *cuerpo funcional*, ni aparentemente ningún *modus vivendi* honorable, se encontraba también —entonces y ahora— un precavido distanciamiento, cuando no profundas resistencias frente al carácter enojoso de «lo social» (al que, en clave «funcionalista», se refería, por aquel tiempo, Ralf Dahrendorf en su *Homo sociologicus*). Ya que «lo social: general» no sólo puede resultar intelectualmente molesto, o incluso angustioso, por su indefinición, sino también depresivo, o incluso inquietante en cuanto nos recuerda nuestros límites y ajenas dependencias como «individuos».

4. EL MOMENTO DE «DESPEGUE» O «TIEMPO-EJE» DEL DESARROLLO DE LA «NUEVA SOCIOLOGÍA ESPAÑOLA» (1963-1965): REAPARICIÓN DE «LO SOCIAL» Y RECONSTITUCIÓN DEL «TRABAJO SOCIOLÓGICO EN EQUIPO»

En el momento mismo de la puesta en marcha del «Plan de Estabilización (económica)» (1959-1962), la tradicional resistencia, recelo o indiferencia ante «lo so-

cial», seguía siendo una actitud ideológica culturalmente dominante entre las clases medias altas vinculadas, en su mayoría, al Régimen. Se trataba de una actitud propia y consecuente de una mentalidad «privatista», regresiva o, al menos, recelosa de toda *movilización social*, y en última instancia conformada por la hegemonía ideológica del *nacionalpatrimonialismo* (A. O.). Pero las rápidas transformaciones sociales inducidas por el paso al *desarrollismo capitalista dependiente* iban a imponer de nuevo la *presencia de «lo social»* en la conciencia colectiva (es decir, la conciencia de que los *cambios macroeconómicos* implicaban a su vez cambios en la división del trabajo, las relaciones de clase, las formas de vida, las representaciones ideológicas y, finalmente, exigían nuevas instituciones políticas, etc., etc.). «Lo social» con duras consecuencias («queridas o no») para todos aquellos ligados a la «pequeña producción», reaparecía así bajo el velo de «lo económico», y con un retorno de la *conflictividad manifiesta*; pero, por el momento, todos los cambios iban a seguir teniendo lugar en el marco de un proceso político de «modernización autoritaria».

En todo caso, en un ambiente de generalizado conformismo, viejos miedos y escasos intereses culturales, hacia 1963 (por dar una fecha de inicio de este «despegue» o «tiempo-eje» para la «nueva Sociología»), en la España «en modernización» del *tardofranquismo* todavía preocuparse por «lo social» podía considerarse, al menos, como una actitud poco ortodoxa para algunos centros de poder. No obstante, entre 1963 y 1965, las consecuencias socioideológicas del «desarrollismo» ya en marcha, inevitables (por más que *no queridas* por las fracciones integristas más duras del Régimen), abrían paso, en diversos sectores, a la expansión de la «investigación sociológica», entre cautelas, intervenciones censoras y regresiones temporales. De tal modo, las que hasta entonces habían sido pequeñas «células» y experiencias de «auscultación de la opinión» (*sic*), y ensayos aislados de *encuestas generales*, poco sistemáticas, y en ocasiones censuradas en su difusión, o en sus propios inicios, van a dar paso a procesos institucionales de creación de nuevas «plataformas» y centros, con programas de investigación relativamente amplios y consistentes. Una expansión (cuantitativa y cualitativa) que venía impuesta por el propio desarrollo irreversible del importado modelo de industrialización capitalista europea, en la marcha hacia el Estado de Bienestar y la sociedad de consumo, exigiendo básicamente la producción de un mínimo conocimiento general: ¿cuántos somos?, ¿cómo vivimos, consumimos, pensamos...?, ¿qué niveles diferenciales de desarrollo nos separan?, ¿por qué?, ¿hacia donde vamos, unos y otros?, etc., etc., etc. Preocupación por el conocimiento de la realidad social, ahora en transformación acelerada (tan simple e ingenua como se quiera), que empezaba por el «recuento» y terminaba en «la prospectiva». Por lo que a pesar de las reticencias del «núcleo duro» del Régimen frente a una «investigación sociológica (digamos) integral», orientada hacia el pleno conocimiento de la dinámica y cambiante realidad española, el propio Gobierno de la Dictadura concluía consagrándola, como fuente de una información «social» general, en constante renovación, para la Administración Pública, y en parte como una nueva forma de

legitimación. Sin que, por ello, se pudiese hablar realmente de una «Sociología en libertad».

Ahora bien, de modo casi inevitable, en el marco de la estrategia de perduración que suponía el *desarrollismo socioeconómico*, en los años sesenta, se producía un significativo viraje de la política informativa del Régimen, que con sus claroscuros, límites y artimañas, iba a ser vigorosamente protagonizado por el nuevo Ministro de Información y Turismo, el profesor Manuel Fraga Iribarne, catedrático de Derecho político. Elemento básico, entre otros, de semejante renovación informativa, iba a ser la refundación del Instituto de la Opinión Pública, como órgano especializado del mismo Ministerio, precisamente en enero de 1963, bajo la dirección del sociólogo Luis González Seara, próximo colaborador entonces del propio Fraga. (Por su edad, miembro igualmente de la *generación del 56*, Seara dejaría, hacia 1967, la dirección del IOP, al acceder a una cátedra de Sociología en Málaga.) En fin, tenía así lugar un proceso de refundación o creación de un IOP de nueva planta, ahora estudiado por la socióloga María Pilar Alcobendas, en una reciente y documentadísima monografía¹³, particularmente útil, además, por su referenciación y análisis de los antecedentes, centros de investigación y encuestas españolas más relevantes entre 1943-1963. Pues constituyendo probablemente el establecimiento básico de la que voy a llamar la *sociología corporativa*—en este caso de carácter público y con el apoyo de todos los recursos del Estado—, el desarrollo, ya imparable, de los trabajos del IOP —no, claro está, sin restricciones políticas—, marcaba el principio de un cambio de época para la investigación sociológica.

Ya que, de forma paralela, a mediados de los años sesenta se estaban constituyendo los diversos mundos, planetas y satélites de lo que años después —ya en los noventa— los profesores Julia Valera y Fernando Álvarez-Uría¹⁴ han denominado la «galaxia sociológica», con afortunada intención crítica (pero no sin una cierta e involuntaria proyección humorística, al anticiparse, con tan acertado y cósmico denominativo, a su actual designación y uso para «deportistas de élite, con fabulosas ganancias y escasa dedicación», pudiendo así inducir a error a los jóvenes en el momento de definir su elección de «carrera»). No obstante, el nombre o marca de «galaxia» resulta muy adecuado para denominar un «campo sociológico» siempre en reconstitución, de difusos perfiles, sin centro reconocido, en creciente diversificación, de límites gaseosos, y con formas de expansión explosivas.

¹³ Si es que una monografía sobre las bases documentales de los precedentes (de los años 1942 a 1963) y del desarrollo del nuevo Instituto de la Opinión Pública (1963-1977), puede ser exhaustiva, a este ideal se aproxima el libro de María Pilar Alcobendas Tirado, *Historia del Instituto de la Opinión Pública (1963-1977)*, Madrid, CIS, 2006.

¹⁴ El origen de este libro se encuentra en el proyecto de estudio y texto sobre el desarrollo de la Sociología española, presentado como ponencia por los autores en el XII Congreso Mundial de Sociología de Madrid (1990). Cfr. Fernando Álvarez-Uría y Julia Valera, *La galaxia sociológica. Colegios invisibles y relaciones de poder en el proceso de institucionalización de la sociología en España*, Madrid, Ediciones Endymión, 2000.

Caracteres todos muy acentuados en el proceso de diversificación del «campo sociológico» emergente en los años sesenta, en el que iban a consolidarse, además, los institutos privados de investigación y el trabajo sociológico en equipo, como en aquel momento —y en el ámbito madrileño (que es el que conocí)—, ejemplificaron los casos de Data —en torno al dinamismo innovador del joven Amando de Miguel—, o de los que nos formamos en Eco —en torno al inolvidable magisterio, entrañable y subversivo, de Jesús Ibáñez—. Ibáñez (en el límite superior de la *generación del 56*, por haber nacido en 1928), había participado ya en el pequeño gabinete, o precedente Instituto de la Opinión Pública, y en la redacción de la pequeña revista mensual *Opinión* (1952-1956), de la Dirección General de Prensa del Régimen —como ahora, oportunamente, rescata y señala María Pilar Alcobendas¹⁵—. Pero implicado y detenido en el movimiento estudiantil de protesta de 1956, Jesús Ibáñez fue excluido del citado Gabinete, así como de la Facultad de Políticas, donde colaboraba como «ayudante honorario» de la cátedra de Sociología (o más bien, Filosofía Social), única entonces existente, a cargo del profesor Lisarrague. (Anotemos que se trataba de una forma o «subclase» de profesorado, entonces, en 1956, sin casi entidad, ni desde luego remuneración, que más tarde, con el *desarrollismo* de los sesenta, se reconvirtió en la «nueva clase» en expansión, políticamente más o menos militante, y con funciones docentes reales, que fueron los PNN, o «profesores no numerarios». Denominación poco afortunada que inventamos, por cierto, creo recordar que hacia 1965, el núcleo inicial de la Complutense de Madrid, como «nombre de guerra» de un nuevo movimiento universitario de oposición política, más o menos ambigua —entre el «corporativismo» y la denuncia del sistema—. Con todo, este tipo de profesores seguimos, en general, sin ninguna remuneración —pero con dedicación docente real y creciente— hasta 1968, y sólo a fines de los setenta/principios de los ochenta se empezaron a cobrar sueldos que posibilitaban una dedicación exclusiva a la Universidad. Un dato necesario para que las actuales generaciones comprendan mejor las «aventuras dialécticas» de los inspirados por la «vocación sociológica» en aquellas época, e incluso el propio clima social del Congreso de Zaragoza de 1981). De modo que si a partir de 1963 empezaron a darse ciertas bases para *trabajar profesionalmente «como sociólogo»*, tan sólo lo fueron para una reducidísima minoría de «vocacionales».

En este mismo sentido —en cuanto caso concreto de relación entre política represiva, Universidad e investigación social en la España de los años cincuenta y sesenta—, la forzada trayectoria profesional de Jesús Ibáñez resulta paradigmática en muchos aspectos. E ilustra bien tanto las circunstancias y desconcertantes contra-

¹⁵ Sobre la revista *Opinión*, y la significativa participación de Jesús Ibáñez en la misma, *cf.* María Pilar Alcobendas, *op. cit.*, pp. 32-33. Por su parte, el propio Ibáñez hace referencia a esta participación, y al confuso momento germinal de la investigación sociológica española de los años cincuenta en su «Autobiografía», *Anthropos*, núm. 113, Barcelona, noviembre de 1990, publicada con el título intencional de *Sociología crítica... desde los márgenes*.

dicciones del desarrollo de la «nueva Sociología española» de la postguerra civil, como las muy distintas implicaciones y efectos —incluso *metodológicos*— de las actitudes y comportamientos personales respecto del Poder dictatorial. Tras su proceso y encarcelamiento en 1956, y consecuente exclusión entonces de la esfera pública, Ibáñez no volvería a reincorporarse a la Universidad, prácticamente hasta el momento de la muerte de Franco (poco después leyó su tesis doctoral, en 1978, a los 50 años, accediendo por oposición a una cátedra de Métodos y técnicas de investigación social, en la Complutense, en 1982). Mientras tanto, sin dejar tampoco de conspirar políticamente contra la Dictadura en aquellos oscuros años —en las células clandestinas del ingenuo e impotente «primer FELIPE» (esto es, el «Frente de Liberación Popular», al que él mismo impuso el nombre), Ibáñez tuvo que encontrar un *modus vivendi* fuera de la Universidad y (al menos por su propio compromiso) de la Administración Pública. Lo encontró, en el nuevo sector de la «investigación de mercados» —en aquel momento en su fase inicial—, siendo contratado como Director técnico del gabinete de estudios o instituto Eco, en el momento mismo de su fundación, en 1958. Una contratación afortunadísima para la empresa —que orientada por el talento e ingenio de Ibáñez para la *investigación social empírica*, tendría una extraordinaria expansión en los sesenta—; pero una dedicación sin duda algo menos satisfactoria para un sobrevenido Director técnico cuya vocación intelectual había sido siempre muy otra (la teoría social, la antropología, la filosofía de la ciencia, etc.). Ahora bien, el repliegue y concentración de Ibáñez en el «trabajo sociológico empírico» (al tiempo que personalmente desgarrado enmudecía como voz pública durante casi veinte años), iba a dar lugar a una original renovación metodológica —como luego he de insistir¹⁶— de la «sociología del consumo», que nada o muy poco debía a la importación de «modelos» o «técnicas» de los países capitalistas occidentales más desarrollados. Una renovación, además, tan creativa, como paradójica, realizada a partir de la obligada *praxis* de una «sociología comercial concreta» (al servicio de la ampliación del mercado y de la competencia entre marcas y productos); pero que venía a abrir sugestivas perspectivas metodológicas *generales*, en cuanto fruto y resultado final de la conspicua formación teórica de Ibáñez, y de la propia orientación crítica de sus presupuestos y representaciones ideológicas. Orientados también por el magisterio de Ibáñez (a la vez que compartiendo, cada uno a su manera, sus condiciones existenciales de relativa disidencia y aislamiento político), a la misma *praxis* y perspectiva metodológica nos fuimos agregando, desde principios de los años 1960, un primer grupo de colaboradores y discípulos —por lo general, trabajando igualmente como *técnicos de estudios de mercado* de Eco—. Ya que carentes todos de una plataforma ins-

¹⁶ Enrique Laraña (ed.), Emilio Lamo de Espinosa, Ramón Ramos Torre y Alfonso Ortí *Reflexividad y sujeto (en Jesús Ibáñez)*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 1998.

Pablo Nacach, *A través del espejo. Individuo y sociedad en la obra de Jesús Ibáñez*, Madrid, CIS, 2003.

titucional democrática —universitaria o no—, para desarrollar una (más o menos idealizada) investigación social «crítica» (del Régimen dictatorial, del orden burgués capitalista, etc.), y enmudecidos también en la esfera pública (por una agrafia sobrevenida), encontramos en el «trabajo sociológico concreto», en torno a las *transformaciones del consumo* y a las *estrategias mercadológicas*, una vía de *profesionalización «vicaria»* y un «banco de pruebas» *metodológico*, en espera de mejores tiempos.

Por otra parte, este trabajo en el ámbito de la «sociología comercial» —en el que especialmente las aportaciones vanguardistas de Ibáñez renovaron muchas de sus prácticas—, se fue, además, poco a poco, ampliando, de una forma lógica, a una infinidad de cuestiones concretas de «sociología generalista» (desde los estudios de audiencia de los «medios de comunicación masiva» hasta, finalmente, a los propios estudios sobre ideologías y actitudes políticas, etc., etc.). Pues con todas sus peculiaridades y paradojas —en cuanto grupo (supuestamente) más o menos «heterodoxo»—, la fracción de sociólogos reunidos en torno al magisterio de Jesús Ibáñez —primero en Eco, más tarde en Alef, etc.—, representaba, al mismo tiempo, un conspicuo ejemplo más de la *nueva forma de profesionalización* que empezaba a suponer el «trabajo sociológico en equipo». Una *nueva forma «práctica» concreta de investigación social* que pasaba a convertirse desde entonces —y de *forma ampliada*, hoy en día—, en el «núcleo duro» y realista del «oficio de sociólogo» (por más que, al parecer, sigan existiendo algunos «sociólogos academicistas» a los que pueda desconcertarles esta *concepción laboral del «oficio»*, quizás por no haber salido nunca del claustro endogámico de las aulas, y continuar teniendo una visión más bien «libresca» de la realidad social). Y en todo caso, este «trabajo sociológico en equipo» venía a señalar, como ninguna otra práctica, ese momento de «despegue» o «tiempo-eje» (entre 1963 y 1965), en que se acelera y toma forma definitiva el *nuevo modelo de desarrollo de la investigación social española*. Mientras se consolidan y multiplican relativamente los *centros de investigación «colectivos»* —empezando, claro está, por el propio IOP—, de carácter mixto, como el ya veterano Eco, o el nuevo Data, y tantos otros gabinetes como irán apareciendo (conjuntamente con los departamentos que crean fundaciones —como la propia Foessa, o la Confederación Española de Cajas de Ahorros, etc.—, o algunas grandes empresas).

De modo especial, la consolidación del IOP evocaba, como lejano, pero más genuino precedente fundacional, en el caso español, el del Instituto de Reformas Sociales (1903), al reunir por vez primera a un equipo de expertos para especializarse en la información y análisis de los procesos sociales¹⁷. Misión correspon-

¹⁷ El «Discurso preliminar» al proyecto de *Instituto de Trabajo* de José Canalejas, como ex ministro de Agricultura (en octubre de 1902), entraña una visión crítica del «orden sociopolítico canovista», tan sistemática como penetrante (si bien, por su forma retórica, tácitamente encubierta). Pues, en este texto, el líder «liberal-demócrata» realiza nada menos que una primera y aguda caracterización de la (que vengo llamando) *burguesía patrimonialista* como clase dominante de la Restauración. Mientras

diente al singular proyecto sociopolítico «reformista», abierto, en 1902, con la primera, aunque entonces frustrada, propuesta de creación de un «Instituto del Trabajo» —promovida y defendida por José Canalejas, como fugaz Ministro de Agricultura, en aquel momento, mediante sus discursos y su antológico «Prólogo», probablemente el más agudo texto sociológico de la España liberal (1833-1936)—. Pero la reapertura y expansión —en el horizonte «desarrollista» de mediados de los años sesenta—, de *un campo y de un complejo institucional de investigación sociológica*, suponía ahora un resurgir orientado por fines y proyectos de amplísimo, casi indefinido y muy diverso alcance y contenido. Dado que este resurgimiento y ampliación del «trabajo sociológico», ni tenía su origen en la política institucional del Estado, ni desde luego quedaba limitado a la esfera pública. Más bien las *nuevas instituciones y prácticas de investigación social*, podían considerarse correspondientes a la relativa expansión de un *desarrollismo*, cada vez más complejo y de carácter «mixto» —creador a la vez de las bases estructurales del *Estado del Bienestar* y del propio modelo de la *sociedad de consumo*—. Por lo que centros, gabinetes y departamentos de investigación social surgían sobre todo en el *espacio de convergencia institucional* entre «lo público» y «lo privado». Un espacio escasamente desarrollado hasta entonces en España (dominada por el más cerril y cegato «nacional-patrimonialismo privatista»), y reducido a algunas pocas «fundaciones», y en el que hoy proliferan —con todos sus logros y ambivalencias—, las mal llamadas «organizaciones no gubernamentales».

Y en este sentido, el «hecho nuevo» y más significativo de los años 1960 venía a ser la conformación simultánea, a partir de distintas fuentes y sectores —con nula o mínima participación de la Universidad española de la época—, de una investigación social o sociología «corporativa» (como aquí propongo llamarla). A su vez, esta «sociología corporativa» (correspondiente al desarrollo de grandes *corporaciones, públicas, privadas, o semipúblicas*, de alto grado de complejidad organizativa), afrontaba la investigación desde sus propias necesidades de *conocimiento e intervención socioinstitucional* sobre los procesos evolutivos de su esfera de actividad. De modo que, en primer término, desde el punto de vista *sociopolítico*, esta «sociología corporativa» podía ser «pública», o incluso «oficial» —como la del propio IOP—, o «semipública» —como la de las agencias de la Iglesia católica (Cáritas), o entonces la Telefónica—, o en fin «privada» (como la de los estudios «co-

que (con la colaboración de Adolfo Buylla, Adolfo Posada y Luis Morote), el fugaz Ministro de Agricultura pretende ya, en 1902, promover la *investigación social empírica*, como base de su *proyecto sociopolítico de reforma*, clarividente a largo plazo, pero inviable en el marco de la Monarquía de Alfonso XIII, que concluirá aceptando Canalejas, en cuanto órgano de su efímero liderazgo en la Jefatura de Gobierno (1910-1912), frustrado por su asesinato. Con estos cuatro autores (más J. Uña), el libro de 1902 sobre *El Instituto del Trabajo*, fue rescatado en edición facsímil y crítica (1986, Ministerio de Trabajo), con ilustrativo «Prólogo» del historiador y sociólogo Santiago Castillo. Por mi parte (A.O.), analizo el proyecto de reforma canalejista en un reciente artículo: «Joaquín Costa y Canalejas ante la cuestión agraria» (en pp. 311-370 de las Actas del «Congreso José Canalejas e a su época», Santiago, Xunta de Galicia, 2005).

merciales» o «empresariales», demandados por corporaciones multinacionales como Nestlé o Coca-Cola, etc., etc.). Mientras que, en segundo lugar, desde el horizonte estratégico de su *proyecto y finalidad*, la «sociología corporativa» se definía y diversificaba por una orientación bien «generalista», bien «sectorial y aplicada». Aunque desde la perspectiva de la decantación definitiva del «oficio de sociólogo» —en este marco institucional «corporativo»—, el hecho más relevante era precisamente el de su adscripción ahora a un *trabajo de encargo en equipo* —organizado de *forma burocrática* (para la realización de «macroencuestas», etc.)—. Lo que suponía igualmente la aparición de una nueva figura que ha podido ser caracterizada como la de un «funcionario de la Sociología».

Si la inscribimos en el marco de la (prácticamente) fundacional y, en principio, expansiva «sociología corporativa» (pública o privada) de la época, la caracterización del *nuevo tipo profesional de sociólogo*, emergente en la España de los años sesenta, como «funcionario de la Sociología» puede considerarse tan acertada, como significativa. Sobre todo en cuanto el devenido, o, casi súbitamente, «sociólogo funcionario», representaba una original figura profesional, constituyente de una *nueva* «subclase» o «estrato» en el mundo de los *profesionales cualificados de los servicios corporativos* (por minoritaria que tal figura no dejase de ser entonces, ni por reducido volumen estadístico que siga suponiendo hoy). Resulta, además, sintomático que la más representativa visión y el propio nombre de «funcionario de Sociología», se encuentren ahora en un texto reflexivo y algo melancólico de Amando de Miguel, del año 2003, en el que el veterano sociólogo, a la vista ya de la próxima jubilación, revisa «a su manera» su larga y muy productiva experiencia profesional (invocando el «*my way*» de la canción de Sinatra). Un texto, por otra parte, algo sorprendente, en el que Amando de Miguel tras reconocer (ahora) los evidentes límites de las «encuestas (de opiniones) de los individuos», confiesa haberse ido «alejando de la posición que podríamos llamar “funcionario de la Sociología”, tan común y tan deseada» (?). Posición correspondiente a «un tipo de profesional muy especializado que suele variar poco de estilo a lo largo de la producción», pero que «da poder» —continúa exponiendo Amando de Miguel, para negar que él mismo sea un «funcionario de la Sociología», y llegar a plantearse «si realmente es sociólogo», como al parecer demostraría el que «cada vez participe menos en los congresos»¹⁸—. Pero teniendo (como todos) el derecho a cambiar de vocación y de actitudes, quien ahora define, con relativa adecuación, la más restrictiva concepción de la figura del «funcionario de la Sociología», para denegarla en su caso personal, pudo ser considerado en el momento de su emergencia pública, como la más brillante encarnación arquetípica de la «funcionarización sociológica». Pues en el momento mismo del «despegue» de la «nueva Sociología corporativa española» (entre 1963 y 1965), Amando de Miguel en-

¹⁸ Cfr. El texto de Amando de Miguel, *Mi manera de hacer Sociología*, en pp. 1103-1110 de la obra colectiva: *La sociedad: teoría e investigación empírica. Libro homenaje a José Jiménez Blanco*, Madrid, CIS, 2002.

carnó públicamente —quizás como ninguna otra personalidad de la época— ese nuevo tipo de «sociólogo descriptivo» (*sic*), o «especialista» (*sic*), «buscador, acumulador y procesador de datos» sobre «la realidad española», de forma no sólo conscientemente asumida, sino incluso militante —como entre otros muchos documentos, pone en evidencia su combativo libro, de 1972, *Sociología o subversión*¹⁹—. Formado en la entonces hegemónica *sociología académica norteamericana* —en el ámbito de la Universidad de Columbia, a la que llega en 1961, bajo el patrocinio del profesor Juan J. Linz—, Amando de Miguel se distinguirá por una insólita capacidad de trabajo y extraordinaria productividad, colaborando con el gabinete de estudios Data, en la realización de grandes encuestas, empezando por el heráldico (más que pionero, dada su mediocridad) primer «Informe sociológico sobre la situación de España», de 1966, para la Fundación Foessa (si bien es de justicia observar que será ampliamente superado por el segundo, y ya excelente, dentro de sus límites, Informe Foessa de 1970). Mientras «nuestro joven y famoso sociólogo» —como también justamente se escribía en la contraportada, de 1972, de *Sociología o subversión*—, habiendo accedido igualmente a la condición de catedrático, será pronto reconocido como el *nuevo sociólogo español por excelencia*. De tal modo que pudiendo quizás equipararse por su productividad y presencia en los medios de comunicación al economista Ramón Tamames, la otra gran figura pública de las *nuevas ciencias sociales hispánicas* de los años sesenta, Amando será probablemente el único sociólogo conocido y reconocido como tal, durante muchos años, por el público lector de Prensa, medianamente ilustrado. Con ello su nombre se convertirá así en el emblema, o la marca, de esta nueva *sociología profesional empírica*, orientada a la producción de «datos corporativos».

Desde el punto de vista de la incipiente *profesionalización de la Sociología* puede, en fin, decirse que el caso excepcional de Amando de Miguel, como ningún otro, señaló desde mediados de los años sesenta la aparición de un *nuevo modelo virtual de sociólogo* en cuanto *sociólogo descriptivo* —como él mismo sigue autodefiniéndose en el año 2003—. Virtual, en primer término, por ser un modelo positivamente «virtuoso» —por su imagen pública, por sus logros, por su reco-

¹⁹ El precedente histórico arquetípico de esta concepción «descriptiva» y «cumulativa» (en cuanto nueva «recogida de datos»), quizás se encontraría en el «mamotreto» que constituía el resultado final del Plan C.C.B. de Cáritas Española (1961-1965), según comentaba el propio Amando de Miguel, en una recensión de 1965 en *Revista Española de la Opinión Pública*, núm. 1, mayo-agosto, pp. 314-317). Recensión que desde entonces mismo consideré como clave para el paso del «Plan CCB» a los «Informes Foessa» —y a la que, una vez más, María Pilar Alcobendas dedica una oportuna referencia, *op. cit.*, pp. 82-84—. Mientas Amando de Miguel perfila su propia visión y posición en el «campo sociológico» en la autoafirmativa primera edición de *Sociología o subversión*, Barcelona, Plaza y Janés, 1972. Su visión supone, además, una cierta confrontación con la denominada «Sociología crítica» de fines de los años sesenta —en cuyo subcampo tiende por cierto a situarme personalmente (A.O.), de forma más o menos honrosa—. Por lo que el texto de Amando de Miguel constituye un elemento básico en cuanto expresivo del que llamo «proceso de polarización del campo sociológico español» (1965-1968), y paso, en consecuencia, a discutir en la «segunda parte» del presente artículo.

nocimiento en el mundo corporativo, etc.—; pero *virtual* sobre todo, en un sentido estricto, porque continuaba siendo un modelo difícilmente realizable y, hacia 1965, todavía al alcance de muy pocos. En este sentido, anticipaba más bien un futuro posible, marcando una *primera fase de profesionalización del «oficio de sociólogo»*, en el que la disposición de unos ciertos recursos —como en el caso de los informes de la Fundación Foessa—, se asociaba a la *gestión y al trabajo en equipo* (fundamentalmente para la realización de estudios sobre las *características generales de la población*, mediante «encuestas estadísticas representativas», con una cierta base y cobertura, a la vez que, con el tiempo, complementadas con la recopilación y análisis de *datos secundarios*, etc., etc.). Se ampliaba así la plataforma institucional de una relativa «funcionarización del oficio de sociólogo» —ya iniciada por la «sociología oficial» del IOP, o la «sociología comercial», de Eco, o del propio Data, entre otros nuevos institutos y gabinetes de estudios, en paulatino proceso de crecimiento, y realizando unos u otros trabajos, según la naturaleza y evolución de las *demandas corporativas*—. De modo que los devenidos ahora «sociólogos descriptivos o empíricos»²⁰, trabajando y profesionalizándonos en estos centros, en pequeños «equipos de trabajo», a partir a veces de muy distintas formaciones de origen, pasamos a representar un estrato más de las (que, por mi parte, denomino) *nuevas clases medias altas funcionales de los servicios*, o profesionales dependientes de relativa cualificación. (Sin que este nuevo *status socio-profesional*, con bastante duras condiciones de trabajo, además de reducido entonces a una escasa minoría, hubiese podido satisfacer, por ejemplo, a los más ambiciosos colegas del César Carlos, ávidos de los más altos puestos funcionariales, de «latisueldos», y de poder.)

Por otra parte, desde el punto de vista de la encorsetada «opinión pública» de la época, el *trabajo sociológico* empezaba ahora a identificarse, de un modo simplista, como una operación de obtención de *datos* (esto es, de *porcentajes*), mediante *encuestas estadísticas* sobre múltiples aspectos de la vida social cotidiana. Una concepción del *oficio de sociólogo* alentada también, de forma muy destacada, por la incansable labor de difusión y promoción de las *estadísticas sociales* del propio Amando de Miguel, y que con el tiempo tendría una suerte de «púlpito so-

²⁰ La visión, conceptos y enfoques de la evolución sociohistórica de las *clases medias españolas* —en cuanto categorización y proceso fundamental de los cambios de estratificación social—, tienen un primer y doble origen. Por una parte, en primer lugar, en el texto de *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*, conferencia de ¡1951!, de mi maestro, el historiador José María Jover hoy recogida, en pp. 45-82, de su libro *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Turner, 1976. Por otra parte, de forma complementaria, en la conferencia del politólogo y sociólogo Francisco Murillo Ferrol (por desgracia, también recientemente fallecido), sobre *Las clases medias españolas* (Universidad de Granada, 1959); un texto en el que el Prof. Murillo (muy próximo generacional y personalmente a Jover), estableció una distinción fundamental entre las *viejas clases medias españolas* (con fuertes resabios todavía de la «mentalidad estamental») y las «nuevas clases medias» (ligadas al desarrollo del «gran capitalismo»/A.O.). De aquí mi distinción, luego reelaborada en diversos estudios y textos, entre *pequeña-burguesía patrimonial* y *nuevas clases medias funcionales*.

ciológico» propio en las columnas del diario *Madrid*. (Teniendo siempre en cuenta que, en aquel confuso *universo cultural dictatorialmente administrado*, el subconjunto del público lector relativamente «ilustrado» no sólo suponía una muy reducida minoría, sino que también era de muy escasa o casi nula formación «sociometodológica». Baste aducir *el dato* —¡porcentaje!— de que tan sólo un 51 por ciento de los individuos se atrevían a declararse «lectores ocasionales» de prensa —o mejor, si se quiere: el 49 por ciento confesaba «no leerla jamás»—, según la *encuesta nacional* realizada por Eco, en 1965, y el consecuente informe que yo mismo finalicé para el Grupo «sindical» o empresarial, de Diarios, como precedente del Estudio General de Medios.) Pero poco a poco —positivamente asociado a la noción de *estudio sociológico*—, llegó a extenderse un cierto «fetichismo del dato estadístico» entre la minoría «lectora habitual» algo más ilustrada y politizada. Pues tales datos *producidos* (que no «recogidos») por la actividad de la «nueva ola» de centros y gabinetes de investigación social y/o *de mercados*, etc., y sus (muy) genéricos *procesos de encuestación* (ante todo sobre *hábitos de consumo, ocio y turismo, hábitos de lectura*, por supuesto: *audiencia de TVE*, etc., etc.), despertaban, no obstante, un cierto interés al entrañar una promesa de progresiva y mayor conciencia social y libertad de expresión. En particular, en el círculo de lectores más cultos y preocupados por la anhelada salida política de la Dictadura, este interés empezó a acrecentarse, lógicamente, ya a fines de los años sesenta, cuando estas elementales *encuestas de opinión* empezaron a versar, de forma más o menos tímida, sobre cuestiones políticas e ideológicas («asociacionismo político», participación electoral, imágenes de los líderes, creencias religiosas, etc., etc.). Una expectación ideológica suscitada, más o menos conscientemente, por la esperanza en el progresivo análisis y desvelamiento de la represiva realidad sociopolítica del Régimen que los estudios sociológicos pudiesen llegar a ofrecer y promover en niveles de mayor profundidad crítica²¹. Mientras tal esperanza, e idealización mayor o menor, en torno a la *función sociopolítica progresista de las* «en-

²¹ A partir de la segunda mitad de los años sesenta, la preocupación por el fin y sucesión del Régimen franquista (dada la inevitable y ya más cercana extinción biológica del envejecido general-Dictador), contribuyó a promover una modalidad de «interpretación prospectiva» de investigación social empírica. Porque ante la imposibilidad práctica de realizar *encuestas políticas directas* —en condiciones de una mínima libertad y autenticidad—, los estudios sociológicos «indirectos» (sobre «estratos poblacionales» y su orientación ideológica previsible), empezaron a ser considerados como una suerte de «bola de cristal», desde el punto de vista de la «prospectiva política». Surgieron así una cierta diversidad de «gabinetes de estudio» y de «grupúsculos de trabajo» —privados, «parapolíticos», o semiclandestinos—, en que la estratificación social se analizaba en cuanto «matriz generativa» de la más probable evolución política. Un clima intelectual en el que se formó la nueva generación de «politólogos» —con una fuerte base e inclinación sociológica—, como es el caso de los constitucionalistas Miguel Martínez Cuadrado y Antonio López Pina, con los que, por mi parte (A. O.), he colaborado modestamente (y por separado), en diferentes etapas. En este ciclo tiene su origen, por ej., mirando al futuro, el libro de Antonio López Pina (en colaboración con el sociólogo Eduardo L. Aranguren) sobre *La cultura política de la España de Franco*, Madrid, Taurus, 1976. Mientras igualmente a este mismo ciclo corresponde la reconstrucción —desde el pasado— de la denegada historia electoral del país, por la básica obra de Martínez Cuadrado *Elecciones y partidos políticos de España (1868-1931)*, Madrid, Taurus, 1969).

cuestas de opinión», se veía reforzada cuando llegaban a la *opinión pública* de los «progreilustrados» los ecos de la censura inquisitorial por el Régimen de alguna encuesta o estudio sociológico, como de hecho, ocasionalmente, aún seguía produciéndose.

5. RECUPERANDO LA VOZ Y LA PALABRA: RENOVACIÓN DE LA PROTESTA
«CONTESTATARIA» Y MAGNIFICACIÓN DE LA «CONCIENCIA SOCIOLOGICA»

En fin, en términos generales, la relativa, pero creciente idealización de esta forma básica, a la vez que elemental, de *información sociológica genérica y estadística* continuó, en lógico ascenso, a partir sobre todo de 1963, y hasta principios de los años setenta, en los mismísimos inicios de la *Transición postfranquista*. Se trataba, en principio, de un proceso de idealización, y además, de carácter ambivalente. Porque podía considerarse como paralelo, y en parte coincidente con la propaganda, ahora de ciertas «ínfulas tecnocráticas», del propio Régimen, que prometía, por ejemplo, por la voz de su inefable Comisario de Desarrollo, don Laureano López Rodó, todo tipo de bienaventuranzas sociales «más allá de los mil dólares *per capita*». Pero aún así, tan abstracta, como a veces pobrísima, e incluso arbitraria *datación* (reconvirtiendo, a estos efectos, su sentido cronológico en *indicial*), suponía una forma de representación evocadora de la existencia y del dinamismo de *lo social* (en aquel momento pasando precisamente por los traumáticos cambios que implicaba, entre otros muchos, por ejemplo, la masiva emigración rural). En su fría y esquemática desnudez, los *datos socioeconómicos* (el crecimiento de la *renta nacional*, los porcentajes relativos de los tres grandes «sectores de la población activa», las cifras de «posesión de electrodomésticos por hogar», etc., etc.), constituían para un cierto público mensajes optimistas de que «las cosas acabarían cambiando». Pues en el fondo, para unos y otros de los «lectores ilustrados» —«progresistas» o incluso «conservadores» inteligentes o civilizados—, el interés suscitado por la más o menos novedosa «*información sociológica*» (en asociación a veces indistinguible con la *económica*), se encontraba vinculado al ideal de una próxima *reconstrucción de la «sociedad civil»* (tan brutalmente liquidada por el Régimen desde 1936). Y en este sentido, los datos y evaluaciones aportadas por la investigación sociológica se constituían en «indicadores» de la esperanza pasiva —o «confianza fideista»—, en que el propio proceso de «modernización socioeconómica» en marcha tuviese como efecto final la necesaria, deseada y casi inevitable *liberalización sociopolítica postfranquista*.

Una concepción, en definitiva, algo «mecanicista» del proceso (y en última instancia coincidente con los intereses del nuevo «capitalismo corporativo multinacional», ya hegemónico); pero visión que en sus versiones más conservadoras (aunque, en este caso, «civilizadas») podía considerarse correspondiente y legitimada por la *teoría «funcionalista» de la «modernización»*, que postulaba la mutua relación positiva entre «desarrollo económico» y «desarrollo político». No otro, por

ejemplo, venía a ser el armazón teórico subyacente en el segundo (y como ya he dicho, muy bien elaborado) «Informe sociológico sobre la situación social de España, 1970» (de la Fundación Foessa), dirigido, claro está, por Amando de Miguel. Mientras con un enfoque metodológico no demasiado diferente del de este «Segundo Foessa» —si bien, en parte irónico y crítico con su tecnocrático y muy conservador *apoliticismo*—, semejante concepción «funcional-desarrollista» fue también la perspectiva que, por nuestra parte, con una obra colectiva, nos llevó a titular con el lema de «Cambio social y modernización política», el *Anuario Político de 1969* —de la Editorial Cuadernos para el Diálogo—. Ya que partimos igualmente (en este caso, sin ningún recurso económico), de muy pocos «datos socioeconómicos» (Encuesta nacional de la Población Activa, Renta nacional del Banco de Bilbao, etc., etc.), para definir el horizonte de una próxima e irreversible «homologación sociopolítica» (dependiente) del Estado español con las idealizadas «democracias europeas parlamentarias». Modelo «desarrollista» que, no obstante, se inscribía en un contexto global crítico con el Régimen —dentro de los límites posibles—; y que empezaba analizando las transformaciones sociales en curso, para concluir poniendo en evidencia los anacronismos y contradicciones del sistema político franquista, mediante las aportaciones críticas complementarias de un pequeño grupo de politólogos y sociólogos, coordinados por Miguel Martínez Cuadrado, con el tiempo catedrático de Derecho Constitucional²². Pero nuestros planteamientos en este texto, ya de 1969, no eran sino un ejemplo más de cómo la progresiva recuperación —en diversos frentes— de una *conciencia metodológica crítica* —estimulada por la resistencia o la oposición militante a la Dictadura—, desembocaba en una *revisión reflexiva de los procesos de producción de «datos»*. De modo que, poco a poco, la propia *información sociológica estadística*, en su acepción más simple (hasta entonces considerada, ingenua o interesadamente, por algunos, como incuestionable o al menos «neutra»), se fue convirtiendo también en un campo de batalla, dando lugar a una *nueva forma de lucha ideológica*: la lucha en torno a la *definición del sentido sociopolítico real de «los datos»* (como en la próxima sección he de exponer brevemente). Pues a partir de 1965, el «campo sociológico» español se fue integrando —a la vez que dividiendo ideológicamente—, en el *campo de la lucha general sociopolítica* previa a la «Transición postfranquista».

Pero entre 1963 y 1965, el «campo sociológico español» todavía parecía compartir (digamos irónicamente) una cierta y pacífica «unidad de destino en lo estadístico». Son los años en que se van completando las *transformaciones estructurales básicas del orden socioeconómico «nacional-patrimonialista»*, iniciadas en 1959 (es decir, son los años en los que aún se está finalizando la superación «exógena»

²² Miguel Martínez Cuadrado (coord.) «Anuarios políticos», de los años 1969 y 1970, editados por *Cuadernos para el Diálogo* en 1970 y 1971 (Madrid). En el primero de ellos, me ocupé, por mi parte (A.O.), especialmente de la introducción sociológica, en la sección titulada: «Política y sociedad en el umbral de los años 70: las bases sociales de la modernización política» (pp. 3-90).

del anacrónico y agónico modelo de un «Estado de los propietarios», prolongado por la victoria de 1939 y protegido por la autarquía). Transformaciones estructurales consumadas ya en los años sesenta, para salir del estancamiento relativo, del aislamiento en Europa, ya casi imposible, y de la escasa e insostenible competitividad comercial internacional. Como escribí ya hace mucho, hacia 1970, retornaba así, con este proceso de apertura y transferencia empresarial, «el viejo mito medieval de la venta del alma al diablo», en un «pacto faústico», en el que la «burguesía patrimonialista nacional» —victoriosa en 1939 en defensa de su *ius utendi et abutendi*—, «atrapada ahora estructuralmente en la lógica inexorable del desarrollo capitalista», iba a ser «devorada (como clase hegemónica), pero llevándose a su retiro como *renta*», los beneficios de ciento cincuenta años de explotación de las masas populares (sobre todo agrarias). Porque lo que ahora se vendía a «los agentes de las grandes corporaciones internacionales», eran los gratuitos dones y potenciales beneficios «de un mercado de expansión, capaz de absorber los excedentes económicos y tecnológicos de los países capitalistas más desarrollados», a la vez que se entregaba «una mano de obra excedentaria con *bajos salarios* (comparativos) y estrictamente disciplinada por un marco represivo y autoritario de relaciones laborales y sindicales»²³. Transformaciones y transferencias que suponían, en fin, la liquidación de la aún extensa «pequeña producción», con el desarraigo y la emigración rural masiva, de modo traumático para las clases trabajadoras en general; mientras tales procesos se imponían en un escenario sociopolítico depresivo, desconcertado y tétrico, en el que las familias y los individuos de las clases subordinadas trataban, ante todo, de sobrevivir. Y en tan depresivas circunstancias, mientras se desintegraban «desde arriba» —con toda la represión necesaria—, las viejas estructuras y formas de vida, resultaba todavía difícil para las oprimidas clases populares salir de la fase de *desmovilización autoritaria*, determinada por la crisis de 1958, tras chocar el Régimen con los estrangulamientos insuperables de la «autarquía nacional-patrimonialista».

El forzado repliegue popular en la lucha por la supervivencia individual —aproximadamente entre 1958 y 1965—, a la vez que el propio cambio de las estructuras productivas y comunitarias contribuía así al fracaso de los «voluntaristas» ensayos de *subversión popular directa* (como la proyectada *huelga general* del 59) —según expondrá, muchos años después, Jorge Semprún, en su *Autobiografía de Federico Sánchez*, al reflexionar críticamente sobre la «línea general» del PCE en

²³ La primera formulación de este texto procede de mi artículo, A. Ortí: «La investigación científica, un mito para el futuro. (La difícil resistencia frente al coloniaje tecnológico)», en *Anuario político Español*, 1970, edición de Miguel Martínez Cuadrado, Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1971, pp. 479-480. Pero esta visión se reformula, en un más amplio contexto histórico, en otro de mis artículos posteriores: «Oligarquía y pueblo en la interpretación populista: La crítica mitológica del latifundismo en el liberalismo social», en pp. 315-348 del tomo I de *Estudios sobre Historia de España* (en homenaje a Manuel Tuñón de Lara), Madrid, Universidad Menéndez y Pelayo, 2 vols., 1981. Mientras en esta reformulación incluyo citas del libro de Juan Muñoz, Santiago Roldán y Ángel Serrano: «La internacionalización del capital en España (1959-1977)», Madrid, *Cuadernos para el Diálogo*, 1978.

aquella época²⁴—. Habrá que esperar a 1965 para que se manifiesten en el plano político general las consecuencias del progresivo resurgimiento de un movimiento opositor interno, de base popular, frente a la una vez más resistente, y cada vez más anacrónica Dictadura (que celebra, con la gestión de Fraga, sus «XXV años» ...de represión, llamados «de paz»). Un momento o situación igualmente de «despegue» (empleando el término convencional de W. W. Rostow), o «tiempo-eje» (por utilizar una concepción de Karl Jaspers) del designado como *tardofranquismo*, a partir del que se hace patente una renovada y creciente conflictividad, característica ahora del ya definitivamente impuesto e imperante modelo de «industrialización grancapitalista autoritaria». Así de 1965 a 1968, van a condensarse los conflictos básicos propios de este peculiar «desarrollismo industrial y urbano», desigual, desequilibrado, con altas tasas de sobreexplotación obrera y de depredación del medio ambiente, además de tutelado por un Régimen dictatorial. Por lo que luchando de forma conjunta contra la explotación económica, el arrasamiento de las formas de vida popular tradicional, y la represión dictatorial que las posibilita, etc., se suceden y refuerzan mutuamente las movilizaciones de las luchas obreras y sindicales, los propios «movimientos vecinales» de protesta contra el urbanismo especulativo y disforme, y las crecientes reivindicaciones ciudadanas pro-democráticas.

Al mismo tiempo, dada la ya intempestiva condición de «industrialización tardía» (en el sentido, por ejemplo, de Gerschenkron) de este tan complejo, como ambivalente proceso, entre sus paradójicas consecuencias «progresistas» («no queridas»... por el Régimen) se encontraban también las de un «desarrollismo de los servicios» y una desordenada «expansión universitaria» —ámbitos ambos en los que se inscribían, por cierto, las posibilidades de desarrollo del propio «nuevo movimiento sociológico»—. Procesos todos, en fin, que venían a reforzar tanto el que podríamos denominar «frente burgués liberalizador» —en la Prensa, etc.—, como una nueva fase de agitación opositora del *movimiento de protesta estudiantil*, incontrolable, ahora ya de forma definitiva, por los organismos del Régimen. Recuperando así «la voz y la palabra» —digamos en paráfrasis del poeta Blas de Otero—, las fracciones más liberales e impacientes del «frente burgués antifranquista» ensayarían, además, a partir de 1965 un (tímido) intento de «contestación cívica» de la Dictadura, saliendo a «la luz pública», para conquistar una relativa autonomía política. Tardío ensayo «civilizador» que iba a desplegarse, de forma paralela, a una coyuntura internacional dinamizada en Europa por una intensa renovación cultural, autocrítica y progresista, en términos globales, entre 1965 y «el 68».

Entre ambas fechas —de 1965 al mítico «68»—, se despliega un profundo proceso de «contestación» *del sistema político e institucional* que culmina, como es bien sabido en la *renovación cultural crítica* de las formas de vida y de los valores do-

²⁴ Jorge Semprún: *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Planeta, 1977.

Fernando Jáuregui y Pedro Vega: *Crónica del antifranquismo (1939-1962)*, pp. 230-239, Barcelona, Argos Vergara, 1983.

minantes occidentales. (Lo que de modo que puede parecer paradójico, tiende a ocurrir en el momento mismo en el que, tras su triunfal consumación, el modelo de la «Segunda Modernización capitalista», después de salir de la gran tragedia europea de las guerras mundiales y de los fascismos, y de haber desarrollado el mundo occidental en un salto histórico sin precedentes, inicia a su vez su agonía.) Pero la renovación cultural del «Mayo del 68» —en cuanto leyenda y designación historiográfica genérica—, también tan profunda como multidimensional, concluye en la próspera Europa atlántica —y muy especialmente, en Francia, etc.—, desembocando, sintomáticamente, en visiones radicales de «contestación hipercrítica» del orden establecido, que más bien anticipan las formas sociales involutivas que —tras la crisis de 1973— va a adoptar el nuevo modelo de desarrollo capitalista. Visiones crítico-culturales que entrañan, además, una ambivalente y desorbitada magnificación de la «conciencia sociológica». Mientras esas mismas propuestas de «contestación sociopolítica y cultural» en la España aherrojada todavía por los controles (a veces estúpidamente) represivos de la Dictadura van a coincidir, a la vez, con una aún más elevada y trascendente *magnificación de la «conciencia sociológica»*, y con una nueva fase, más o menos reconocida y manifiesta, de *división ideológica del emergente «campo sociológico peninsular»*. De forma significativa, el mismo año 1965, va a estar señalado por el resurgimiento, con más fuerza que nunca, del *movimiento estudiantil antifranquista*, para prolongarse ya hasta la misma «*Transición a la Monarquía juancarlista*. Y entre otras consecuencias, las nuevas huelgas estudiantiles masivas de 1965, van a determinar —en el ámbito de Madrid— la clausura represiva de los «Cursos de Sociología» del Rectorado de la Universidad Complutense, y la respuesta «contestatatoria» del grupo de profesores expulsados que, de forma hasta entonces insólita, conseguimos fundar la que denominamos —luego con variantes— «Escuela Crítica de Ciencias Sociales», de CEISA²⁵. Cercada policialmente y una y otra vez clausurada por el Régimen, la trayectoria de CEISA supuso a la vez el momento de más idealizante y comprometida *magnificación de la «conciencia sociológica»*, y la puesta en evidencia más radical de la básica y permanente *división ideológica de todo «campo sociológico»*.

Sin embargo, la fase inicial de la «larga marcha» o proceso de «recuperación de la voz y la palabra» del incipiente «movimiento sociológico», entre 1956 y 1965, también había puesto de manifiesto la básica necesidad de una mínima *libertad secular* para la existencia misma de un «campo sociológico». Una demostración o evidencia que las peculiaridades del «semidesarrollo nacional» y de la represión político-cultural de la Dictadura franquista ayudaban, por desgracia, mucho mejor a comprender, que los procesos de *institucionalización de la Sociología* en los países liberaldemocráticos más desarrollados. Pues sin una mínima *secularización cultural* (que permita la libre expresión de todas las ideologías), y un cierto *horizonte reformista* (que haga posible poner en práctica *proyectos de transformación o*

²⁵ Fernando Álvarez-Uría y Julia Valera: *La galaxia sociológica*, op. cit., 2000.
Amando de Miguel: *Sociología o subversión*, op. cit., 1972.

al menos, de «racionalización» socioinstitucional), resulta imposible la constitución básica y la *praxis* del *oficio de sociólogo*. De aquí esa tácita convergencia de todos (...o, en fin, de la inmensa mayoría) de los ejercientes del *oficio de sociólogo* (a pesar de estar ideológicamente muy bien diferenciados), en la defensa de una «causa común sociológica general», en cuanto se ponen en peligro la *libertad política* y la *secularización cultural*. Causa común que explica tanto esa primera fase de coincidencia generacional en la reivindicación (de los años cincuenta y sesenta) de un mínimo *estatuto de libertad para la investigación social* —frente a la Dictadura franquista—, como la generosa respuesta de muchos «amantes platónicos de la Sociología» en el proceso fundacional de la FASEE, y en la preparación del primer Congreso de Zaragoza. Una preparación y amplia respuesta positiva de muchos, primero, y una cálida exaltación comunitaria en la celebración congresual, después, promovida precisamente por la evocación y el temor a una regresión reaccionaria, como los provocados por el fallido *golpe de Estado* del 23/F del 81. Por eso mismo, en la conferencia inaugural (de 24 de septiembre de 1981) del Congreso, empecé recordando, por mi parte, que «el trágico pasado del que venimos y la conciencia de la fragilidad sobre el que nos asentamos, siguen siendo elementos fundamentales de toda aproximación sociológica a la dura realidad de esta áspera España contemporánea»; para reivindicar (inmediatamente) «que la posibilidad misma de *un discurso en libertad para todos* necesita —hoy como ayer— del concurso de todos aquellos a los que repugna cualquier género de tiranía o discriminación»²⁶. Más allá del énfasis ritual de una inauguración más o menos solemne, y de la propia tensión emocional que marcaba aquel acto, el sentido de esta proclamación, aunque con formas distintas, pienso que conserva toda su actualidad. Porque las consecuencias del desarrollo cultural inherente a la salida —ya en los años ochenta— que supuso el nuevo modelo de «Tercera Modernización capitalista» (A. O.: si así se quiere llamarla), ponen hoy de manifiesto que con la actual «deconstrucción» —o relativo «eclipse»— de *lo social*, tras su desorbitada magnificación en la España de 1968, la «conciencia sociológica» —en su presencia e influencia pública— no hace sino mostrar los síntomas de una *nueva forma histórica de fragilidad*.

6. a. *La conformación de la «galaxia sociológica» (1965-1968): De la inevitabilidad del conflicto ideológico*

Veinticinco años después del Congreso de Zaragoza vuelvo a reflexionar sobre el camino recorrido (en términos generales) por el «movimiento sociológico» para llegar a su convocatoria. Lo hago ahora a requerimientos e invitación (que agradezco) de la *Comisión organizadora* del acto conmemorativo de aquel aconteci-

²⁶ Conferencia inaugural del I Congreso de Sociología, Zaragoza, 1981 (editada en folleto en 1982 por la Asociación Aragonesa de Sociología).

miento, en el marco actual de una ya hace mucho consolidada Federación Española de Sociología (FES). Y lo hago, además, permitiéndome tomar partido ideológico, de forma manifiesta, con mucha mayor libertad y de modo (tan sólo) algo más radical, que en mi conferencia inaugural de septiembre de 1981. Por una parte, porque las circunstancias políticas son ya muy distintas; mientras que, por otra, el acto conmemorativo de febrero de 2006 ha consistido básicamente en una clásica «mesa redonda», con distintas y bien diferenciadas voces, más o menos representativas (por simplificación) del actual «pluralismo» del movimiento sociológico. Y de aquí también el que me atreva ahora a configurar y caracterizar diversas *orientaciones o «fracciones» ideológicas en este plural* «movimiento sociológico», representativo a su vez de la siempre «partisana» y embravecida sociedad ibérica. E incluso, como ya se puede haber observado, mi atrevimiento en esta ocasión llega hasta tomar como «referentes heráldicos» (digamos) de unas y otras «fracciones» a insignes personalidades (por uno u otro motivo) del proceso de constitución de la «nueva Sociología española» (cuando en el texto de 1981, de forma intencionada, tan sólo me permití citar, como contrapunto al «sistema establecido», la figura insólita de Ignacio Fernández de Castro). Si bien tampoco desconozco que unas y otras mínimas referencias —circunscritas por las limitaciones del presente texto de 2006—, no suponen sino opciones más o menos relativas, y cada vez más borrosas en el «giroscópico bosque» de ideas, proyectos y personas del acelerado mundo actual.

No obstante, tener en cuenta la complejidad y profundas tensiones internas del propio movimiento sociológico, también supone reconocer, ante todo, el carácter esencial y fundante del *pluralismo ideológico* en la constitución del «campo sociológico» (bastante más pluridimensional e intrincado de lo que algunos parecen creer). Pues como bien advierten Fernando Álvarez Uría y Julia Varela —en su aguda revisión de «la galaxia sociológica» española—, «la sociología no existe en singular, existen escuelas de sociología, colegios visibles e invisibles, que operan a partir de diferentes códigos de interpretación, de diferentes modelos de análisis de la vida social». De modo que toda «sociología de la sociología» pasa por reconocer sus diferencias internas para «contribuir a objetivar las principales tendencias en pugna», como una primera aproximación —añadiría por mi parte—, para dilucidar la íntima relación existente entre las *posiciones ideológicas «de base»* y los *enfoques metodológicos «de hecho»* en la *praxis de la investigación social* (A. O.). Una relación que iba a ser puesta especialmente de manifiesto en la génesis o «reconstitución», bajo nuevas formas, del «oficio de sociólogo», en el caso singularísimo, por sus anomalías, de la España «tardofranquista» de los años sesenta. Momento de confrontación o «primera cristalización» de la «galaxia sociológica» —de modo muy concreto: del retorno de la conflictividad universitaria de 1965 al «68»—, en el que toman cuerpo las divisorias ideológicas estructurantes del «nuevo campo sociológico ibérico o peninsular».

Al evocar este crucial momento histórico lo hago, además y ante todo, por su significativo «valor heurístico», entonces y ahora, para la comprensión de los más

bien paradójicos fundamentos del «oficio de sociólogo». Pues desde la huelga universitaria de marzo de 1965 —en el caso de Madrid— al verano del 68, a la vez que se consolida la aún raquítica plataforma global de centros y grupos de *investigación socioinstitucional* (pública, comercial, eclesiástica, etc.) empiezan a diferenciarse distintos «frentes ideológicos» y «alternativas metodológicas» en el renaciente «campo sociológico peninsular». Una diferenciación que iba a seguir siendo más o menos ambigua desde el punto de vista personal —en circunstancias para muchos de supervivencia profesional, al menos como «sociólogos vocacionales»—, pero en la que evidentemente intervino la propia acción represiva de la Dictadura. Lo que tampoco significa que la gran complejidad teórica y metodológica «de fondo» de esta emergente diferenciación pueda reducirse simplemente —creo— a la división entre una «sociología dentro del Régimen franquista», y otra «fuera y contra». Sin duda, abordar y analizar tal complejidad —inherente al esencial *pluralismo del campo sociológico*, en todo tiempo y momento—, exigiría un esfuerzo monográfico nunca concluyente. Pero, en todo caso, la conformación y análisis de cualquier *campo sociológico global* implica siempre una mínima revisión crítica de sus distintas *alternativas o «corrientes» teórico-metodológicas*, desde el punto de vista precisamente *político-ideológico*. Más aún cuando pienso, por mi parte, que incluso un planteamiento muy general de las *alternativas sociológicas* de aquel momento —simbolizado por «el 68»—, puede contribuir a ilustrar las paradojas y conflictos (más o menos latentes) del *movimiento sociológico del «tardofranquismo»*, al mismo tiempo que las contradictorias realidades y límites permanentes del «oficio de sociólogo». Mientras que con esta revisión crítica tampoco pretendo llevar a cabo, aquí y ahora, ningún supuesto «ajuste de cuentas», más o menos radical, con los grupos sociopolíticos o personalidades representativas de aquellas otras «corrientes intelectuales», «posiciones ideológicas», «centros de poder institucional», o «redes de influencia» (visibles o invisibles), etc., etc., con las que nunca me he identificado. Ni mucho menos quisiera que se entendiese que la también inevitable referencia a posiciones o incluso actitudes ideológicas personales en un momento dado entraña la puesta en cuestión de ninguna trayectoria político-ideológica personal *in toto*. Porque siempre he pensado que el análisis sociológico de la realidad es básicamente *supraindividual*, y empieza y concluye definiendo la significación y sentido de los *procesos sociohistóricos globales a medio y largo plazo*.

Más allá de esta perspectiva «generalista» o «grandiosa» de los procesos colectivos, y de las transformaciones estructurales a largo plazo, etc., como sociólogos y como personas, a fuer de contradictorios y disimétricos, todos somos más bien «sujetos divididos», intentando sobrevivir, de forma más o menos responsable, en el marco *supraindividual* de una situación concreta, de una clase social, y con unos recursos y talentos personales que, desde luego, ni hemos elegido, ni podemos cambiar libérrimamente. (Una conciencia de finitud que, en mi caso, alcanzada ya venturosamente la ancianidad a mis 73 años, se convierte en comprensiva tolerancia para con todas las trayectorias personales, cuando ya mis propios enemigos —si los hubiese tenido— habrían pasado a ser también «mis vie-

jos y queridos enemigos». En las luchas *colectivas* del despliegue del movimiento sociológico español, durante los últimos cincuenta años, parece ser que hostilidades personales, sin duda con su derecho, no me han faltado; pero quizás porque he sido siempre muy consciente de mis propias limitaciones, nunca he congeniado con el *animus belli individualista* y el *plus* de agresividad hipercompetitiva de algunas de las especies «trepadoras», en cuanto deformaciones tan características del *homo academicus*. Pues más preocupado por construir «grupaldades comunitarias», que obsesionado por las batallas adquisitivas de *status*, las pugnas personalistas siempre me han sido ajenas.) De modo que respetando el drama moral de cada uno, en el que la vida personal consiste, de lo que se trata, «haciendo sociología», es de analizar estructuras globales, instituciones sociopolíticas, contradicciones latentes, conflictos emergentes y luchas colectivas, etc., etc., para concluir evaluando *alternativas socioinstitucionales* en presencia y sus consecuencias previsibles, en los procesos sociohistóricos de «larga y media duración», etc., etc.

Dejando en paz, en fin, a las personas como «sujetos frágiles» (de una u otra manera), el «enfoque sociológico» supone centrarse en los procesos y conflictos colectivos que forjan precisamente las «formas de vida» y las «subjetividades existenciales» concretas de cada época, pero cuya génesis, contradicciones y superación se producen y han de analizarse en el nivel «macroestructural» del *orden socioinstitucional de dominación*, históricamente establecido. Y en este nivel —esto es, en el *espacio dialéctico de la realidad sociohistórica* (a la vez dinámico y conflictivo)—, toda teoría sociológica global presupone una cierta división y un cierto *proyecto de orden socioinstitucional*, e implica una intervención sociopolítica, o «toma de partido» (consciente o preconsciente), en los conflictos y luchas de una época. Mientras el consecuente conflicto ideológico se sitúa más allá de las distinciones epistemológicas entre el «contexto de descubrimiento» y el «contexto de justificación», o entre «internalismo» y «externalismo» (formas de contextualización de los momentos teóricos hoy también relativizadas, como reconoce, desde la filosofía de la ciencia, nuestro querido Director de la *RES*, el profesor Cristóbal Torres). Pues el «campo sociológico global» (de un tiempo, de un país) se articula, de hecho, como un «sistema de racionalizaciones» de las *alternativas y proyectos político-ideológicos* en confrontación, más o menos abierta, por la hegemonía. Campo de fuerzas que subtiende la llamada «galaxia sociológica», y en el que la razón individual de los supuestos «legos», o de los «más sofisticados y bien informados sociólogos», constituye a la vez una débil herramienta y entraña un arduo proceso de trabajo. Es decir, la «razón sociológica» presupone un esfuerzo por dar forma, fundamentar, profundizar, o incluso —dentro de ciertos límites— «recrear» la encrucijada sociohistórica de esas *alternativas ideológicas básicas*, en el marco del *orden de dominación existente*. Lo demás es, efectivamente, *ciencia...* de la Naturaleza (física, química, biología, matemática, etc.), o *lingüística* (teoría de las formas simbólicas), o *arte* (principios de la expresividad estética), o incluso *religión* (saber escatológico sobre los orígenes y las postrimerías del hombre), etc., etc.

Y en este sentido, el *campo sociológico* emerge y se conforma como un espacio de confrontación ideológica. Por lo que no sería demasiado honesto obviar aquí el que desde hace mucho pienso que lejos de constituir una «comunidad» paradigmática «kuhniana» el conjunto de los sociólogos somos más bien, por la propia naturaleza del *campo sociológico* un colectivo, de forma inevitable y necesaria, ideológicamente dividido. Un reconocimiento del carácter conflictivo del proceso social que alcanza nada menos que al gran Inmanuel Kant, el autor del proyecto utópico de una paz perpetua, al declarar en 1784, quizá no sin melancolía...: «Der Mensch will Eintracht; aber die Natur weiß besser..., sie will Zwietracht» [El hombre desea la armonía; pero la Naturaleza lo sabe mejor..., y ella quiere la discordia]. Que esta formulación kantiana esté más bien inspirada por la antropología de un *liberalismo radical* no obsta para que pueda también ser asumida desde la perspectiva del *materialismo histórico* (en la que por mi parte, me sitúo). Pues de acuerdo con la concepción conflictivista del nacimiento de la *contabilidad del capital* —evocada por Max Weber—, el *individualismo agresivo* que late en la expresión de Kant señala el momento mismo —como bien analizó Marcuse—, en el que el *liberalismo burgués* muestra su faz encubierta y deviene en su contrario institucional, desde un punto de vista formal y táctico: el *fascismo imperialista*. Una reinterpretación histórica realista de *lo que ha sido efectivamente el desarrollo capitalista* —frente a la desverguenza con la que Schumpeter pretende disociar al capitalismo del imperialismo— y que nos sitúa ante la necesidad (también histórica) de su *superación «civilizatoria»*, en cuanto una forma y fase más de la *sublimación de la agresividad humana* y de sus *formas concretas de dominación socioeconómica*. Presentes siempre en la Historia, la dominación y la violencia se encuentran estrechamente unidas (para la desgracia de todos los que la sufren), al proceso de progresiva transformación de la Humanidad, y emergen hoy, una vez más, brutalmente activas en la actual y conflictiva confrontación entre «*hegemonía imperialista centralizadora*» y «*resistencia desesperada de los sojuzgados*». Con la consecuencia (reconocida o no) de que el postulado kantiano de la «*ungesellige Geselligkeit*» (es decir, «la insociable sociabilidad» de los hombres), no sólo constituya —defiendo, por mi parte— una de las cuestiones básicas de la *teoría sociológica*, sino que convierte, además, irremediabilmente, a la supuesta *comunidad sociológica* en un permanente campo de batalla ideológico... y *metodológico*. De modo que el *campo sociológico* se constituye así y cristaliza mediante la más o menos paradójica *racionalización teórico-empírica* de las *proyecciones y proyectos ideológicos* de unos y otros modelos y visiones del orden social. *Expresiones y representaciones parciales*, que no falsas, de la realidad social, que tienen su referente último en las fuerzas, instituciones y movimientos sociales en conflicto por la *reestructuración del orden de dominación/explotación existente*. Un conflicto manifiesto o latente, pero que en profundidad a todos nos afecta, y en el que (por acción u omisión) todos participamos.

Porque las diversas *posiciones ideológicas* subyacentes en el *campo sociológico* no sólo inspiran, en última instancia, las distintas visiones, discursos y modelos de la realidad sociohistórica, sino que incluso se encuentran presentes en las *for-*

mas de aproximación metodológica a la misma. Pudiendo suponerse que en todo campo sociológico las tensiones conflictivas básicas de una sociedad concreta concluyen tomando, finalmente, la forma de razones teóricas y metodológicas ideológicamente contrapuestas. «Razones sociológicas», correlativas así de visiones y proyectos sociopolíticos del orden social, desiguales y enfrentadas —por su origen y potencialidades en el sistema de dominación establecido—, pero a su vez parciales y temporalmente circunscritas a situaciones históricas dadas. Si bien toda razón sociológica aspira a constituirse, reivindicando una forma peculiar de universalismo epistemológico, mediante formulaciones teóricas más o menos elaboradas, sometidas a modos específicos de «contrastación empírica», y articuladas de manera también más o menos consistente, etc. Sin que en el caso epistemológico singularísimo del espacio sociohistórico real, la constante confrontación —a la vez ideológica y teórica— de las distintas razones sociológicas llegue nunca a consumarse con su total conciliación en una síntesis ideal y armónica, orgánica y definitiva (como aquellas a las que aspiraban, con candorosa ingenuidad, los primeros krausistas españoles, a mediados del siglo XIX). O en términos metodológicos más actuales, sin que la conciliación teórica de las parcialidades ideológicas que inspiran y estructuran, en última instancia, todo campo sociológico, pueda representar ninguna fórmula concluyente o paradigma universalista de resolución de los conflictos (en último término: sociopolíticos) en presencia. Semejante paradigma o síntesis totalizadora se situaría (utópicamente) más allá de toda contradicción no sólo teórica, sino incluso sociopolítica; con lo que, por tanto, en el propio campo sociológico tal modelo paradigmático vendría a ser consecuentemente de obligado (y honesto) reconocimiento científico y/o intersubjetivo por todas las fracciones científico-sociológicas antes enfrentadas. Mientras que en cuanto utopía epistemológica este mismo paradigma universalista sociológico debe ser, y generalmente viene a ser de hecho constantemente perseguido por todos los teóricos sociales —en un esfuerzo permanente que contribuye a enriquecer el corpus tesaurus de conceptos y procedimientos sociológicos (con un relativo valor heurístico, etc.)—. Pero ni el máximo rigor metodológico (tampoco coincidente, en este campo, con los criterios popperianos), ni la más pertinente orientación teórico-empírica de una investigación social conseguirán nunca erradicar su básica dimensión ideológica. Pues toda comprensión del mundo social, y, aún más concretamente, todo proyecto de investigación/intervención socioinstitucional, entrañan un cierto contexto ideológico de origen y un «vector ideológico final», en un campo sociopolítico inevitable y permanente.

6.b. *El horizonte epistemológico real de la teoría social: de la visión global preanalítica a la visión virtual postanalítica*

En definitiva, por muy profundo y epistemológicamente creativo y consistente que pueda ser el modelo de representación de la realidad social tan arduamente forja-

do (a su vez apoyado por todos los *datos experimentales* que la investigación *ad hoc* haya «producido» y «constatado», etc.), jamás ningún *modelo sociológico* alcanzará a resolver *en un plano teórico*, de modo *universalista* (con un *consenso general intersubjetivo*) cuestiones sociales disputadas. Pues si entendemos por *cuestiones sociales básicas* las del *orden social global* (las de sus valores hegemónicos, instituciones vigentes y formas de vida y relación social posibles, etc., etc.) así como las del *modelo de desarrollo imperante*, etc., se trata de cuestiones que, en último término, suponen *alternativas ideológicas* sobre el mundo socialmente deseable y las vías políticas y fórmulas organizativas más adecuadas para su configuración. Es decir, *alternativas ideológicas* o *visiones globales «preanalíticas»* (Schumpeter) de la sociedad y sus procesos de transformación tan irreductibles —en cuanto expresiones y proyectos personales de grupo, *corporativos*, de *clase social*, etc.—, como también muy diferenciadas y —al menos de forma latente— contradictorias. Ya que las orientaciones de unas y otras *alternativas sobre el orden social y el modelo de desarrollo* (a las que responde, finalmente, toda *teoría social*), presuponen intereses, mentalidades, y pasiones que *absolutizadas* resultan, en todo caso, irreconciliables.

Desde esta compleja perspectiva epistemológica, los quizás simplistas planteamientos de Thomas S. Kuhn —en *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE—, tan influyentes en los años sesenta y setenta, representan una resolución de la «competencia entre fracciones de la comunidad científica» (p. 30, ed. 1981), más bien limitada al caso ejemplar (digamos) de la *ciencia/científica* —es decir, de las llamadas «ciencias duras» (o cristalizables) de la Naturaleza (A. O.)—. Porque los planteamientos (precisamente) «sociologistas» de Kuhn pueden ser más o menos sugestivos y razonables para explicar la refundación (cada vez más profunda) de modelos teóricos sucesivos cada vez «que la ciencia aprende a ver la Naturaleza de una manera diferente» (p. 93). Modelos kuhnianos correspondientes —como es bien conocido— a una ideologizada «ciencia normal» —o paradigmática—, circunscrita a una época determinada y aceptada por una *comunidad científica* (también históricamente concreta). Dado que «la ciencia normal» supondría «investigación basada firmemente en una o más realizaciones científicas pasadas... que alguna *comunidad científica particular* reconoce, durante cierto tiempo» — advierte prudentemente Kuhn (p. 33)—. Un reconocimiento limitado (históricamente) en el tiempo, ante la emergencia de «experiencias anómalas» (respecto al «modelo consensual»)..., que al provocar crisis, preparan el camino hacia una nueva teoría» —p. 277—, concluye Kuhn; con lo que está atribuyendo así un nuevo papel a la Historia (...y a la Sociología), en el estudio del «desarrollo científico» (pp. 20-32). Pero sin entrar a discutir estos planteamientos kuhnianos en su *perspectiva epistemológica general*, no parece que en el específico caso del «colectivo sociológico» (de un tiempo, de un país) constituyan una formulación pertinente, suficiente y satisfactoria para la conciliación y unificación ideológica del siempre polémico *campo «inferi» de las teorías y modelos sociológicos*. Lo que de ningún modo supone que las *teorías sociológicas* no sean relativamente «racio-

nales», en cuanto representan *procesos epistemológicos y contextos metodológicos teórico-empíricos de racionalización* de determinadas *visiones del orden social y proyectos de su desarrollo o transformación*, emergentes de hecho en la vida de toda comunidad.

Una emergencia histórica de visiones, problemas y proyectos socioinstitucionales que tiene lugar precisamente *de forma espontánea* y en el *contexto praxeológico global* de las «cuestiones palpitantes» de la vida social. Y ante las que las *teorías y modelos sociológicos* suponen, en principio, esfuerzos y propuestas de *racionalización progresiva*; esto es, alternativas de solución o encauzamiento del «¿qué hacer?», pero que empiezan, de forma sistemática, por una cierta «visión preanalítica global». (Mientras tal planteamiento constituye, en fin, una clásica posición epistemológica; a la que, por cierto, se aproxima —*tácticamente*—, en un primer momento, el propio Joseph A. Schumpeter, en la «Introducción» de su monumental *Historia del análisis económico* —que cito aquí por la edición de 1994 de Ariel de Barcelona—. Pues rindiendo justo homenaje, como en otras ocasiones, a la obra de Marx —a la que tanto debe—, Schumpeter empieza reconociendo «la ubicuidad de la tendenciosidad ideológica» —p. 73— en las teorías sociales. Dado que las *ideologías* no siendo necesariamente «al igual que las racionalizaciones individuales... mentiras» —p. 73—, condicionan en la teoría social todo «acto cognoscitivo preanalítico» —p. 79—. Y por ello mismo, «el trabajo preanalítico» —aduce Schumpeter— parte de una cierta «visión preanalítica» que sería «ideológica casi por definición» —pp. 79-80—. Pero con este planteamiento táctico inicial lo que pretende Schumpeter —en su empeño por fundamentar una imposible *ciencia económica «pura»*— es evacuar —digamos— «los demonios epistemológicos» —¡la vida social!/A. O.— de una idealizada *teorética de las formas lógico-económicas generales*. O en términos muy concretos y sencillos, disociar por completo la *economía académica* —y particularmente: el *marginalismo neoclásico*— de la Historia y la Sociología. Para lo que Schumpeter —teórico tan genial como ingenioso, y sabio eminente a la vez que consumado «trilero», en las tres disciplinas o enfoques básicos de *lo social*—, realiza una pirueta más, y concluye postulando «un espléndido aislamiento» —A. O.— de los «modelos» de la teoría económica, en cuanto «teoremas lógicos» autosuficientes y sin ningún condicionamiento sociohistórico. Es decir, presenta a las «modelizaciones económicas» como si fueran «objetos o entes científico-naturales» —A. O.—, en el mismo plano teórico de abstracción pura y general de la «ciencia física», y de su exitoso recurso a «los conceptos y los procedimientos de la matemática superior» —subraya nuestro autor, en pp., 51-53—. Los asimétricos «modelos económicos» serían así «construidos» de forma —¡casi!— asimilable a los procedimientos de aquellas «ciencias-de la Naturaleza /A. O.» que «dispongan de un aparato analítico general, aplicable a todos sus temas» —p. 52—, y de acuerdo con «normas lógicas como generalizaciones purificadoras de datos observacionales» —subraya también el propio Schumpeter, en p. 53—. Por esta vía metodológica, tras algunas matizaciones más o menos triviales, «curándose en salud», para no ser acusado de «cientifismo» —esto es, de «la copia acrítica de los métodos de la física matemática»—, el sofisticado y bien cons-

ciente economista y sociólogo austriaco establece, en definitiva, que la *teoría o ciencia económica* se distingue y especifica por producir «una clase de teoremas económicos que son *normas o ideales* lógicos (no, desde luego, éticos ni políticos)» —vuelve a subrayar, en p. 52—. Una maniobra teórica de *depuración de* «lo social» mediante la que Schumpeter pugna por liberar la «ciencia económica» de la perversa influencia del «*contexto de descubrimiento: producción*» de los modelos y «herramientas» economicistas. Influencia «denegada» —en su sentido freudiano— tanto desde su punto de vista «objetivo» —desde la perspectiva del marco institucional y la situación sociohistórica concreta—, como desde el punto de vista *subjetivo* de las orientaciones ideológicas —*ético/políticas*—. Y en este último sentido, nuestro autosuficiente y muy puritano economista —en el sentido teórico— también deniega la prioridad como fundador de la economía moderna —esto es, como teórico primordial del desarrollo capitalista occidental—, a Adam Smith —1723/1790— para prácticamente poner en su lugar la obra y figura de Cesare Bonesana, marchese de Beccaria —1738-1794—, en cuanto el penalista italiano es también el autor de una «*teoría pura del contrabando*» —*¡sic!*—, en la que «subyace la idea del moderno análisis de curvas de indiferencia» —pp. 220-223 de la *Historia del análisis económico*—. Mientras desde un implícito punto de vista «teórico: objetivo: real», Schumpeter culmina su relegación del valor teórico-científico de la obra de Adam Smith —¡un valor realísimo por su relevancia sociohistórica!/A. O.—, reduciendo a la grandiosa construcción de *The Wealth of the Nations* —1776— a migajas, limitando su exposición a las «referencias dispersas», dado que «no hay necesidad de dar un repaso general de sus obras» — ! —. Pues la modelización de *La riqueza de las naciones* —viene a argumentar Schumpeter— constituiría —parece pensar— una «*acientífica visión postanalítica*» —A. O.—, de forma heteróclita —por su impropia e impertinente mezcla— de ética, política, economía, etc.—, e incluyendo cuestiones tan confusas —y enojosísimas para nuestro autor— como las de la «*teoría del valor trabajo*» —pp. 230-31 y otras páginas con muchas descalificaciones del concepto—. Así que creyéndose liberado por todos estos desplazamientos de la enojosa realidad de *lo social*, así como de la necesidad de «racionalizar» y legitimar ningún *ideal ético-político*, en cuanto «economista teórico-científico», puede justificar —en uso de su poderoso albedrío— su personalísima opción de valor por la «burguesía patrimonialista decimonónica» —A. O.—, o conjunto de dinámicos «empresarios capitalistas innovadores», también conocidos —con toda justicia— como «empresarios schumpeterianos». Aunque parece ser que pocos glosadores se han dado cuenta hasta el momento, de que a la hagiográfica defensa de los aspectos más reaccionarios de esta «burguesía conservadora, patriarcal o patrimonial» dedica Schumpeter las más entrañables y líricas páginas de *Capitalismo, socialismo y democracia*, todavía en el año ¡1942! Momento histórico en el que ya en Norteamérica, el profesor austriaco firma el «Prólogo» de la primera edición de un texto en el que Schumpeter se permite prácticamente ignorar la emergencia de los fascismos europeos, del imperialismo norteamericano, de las revoluciones «social-populistas», y de las guerras mundiales de 1914 y de 1939; es decir, nuestro economista y sociólogo, creador y recrea-

dor, sin duda, de tantas concepciones fecundas y relevantes para *la teoría social real* se permite, *ideológicamente*, cerca del final de su vida —1950—, ignorar la *realidad histórica del desarrollo capitalista*. Por lo que cerrando este largo *excursus*, y volviendo a su punto de partida, habría que concordar con Schumpeter en el hecho cierto de que las *teorías sociales* (económicas, políticas, sociológicas...) se inician a partir de una «visión preanalítica» (de la situación sociohistórica), ideológicamente condicionada. En cambio, pienso por mi parte, que el *proyecto metodológico* (*e ideológico*) de Schumpeter de «segregación analítica» (digamos) de los «teoremas economicistas» respecto de los procesos sociohistóricos globales, lo que viene a demostrar, una vez más, es la artificiosidad y vacuidad de toda *formulación formalista, abstracta y ahistórica* de la realidad social. Un desacuerdo, en cuanto sociólogo e historiador, que se extiende a la fatuidad «analítica» de toda absolutización y tipo de «teoremas reduccionistas» de lo «social: global» (economicistas, sociologistas, culturalistas «estructuralistas», «deconstructivistas», etc., etc.). Pues el alcance efectivo (*the effective scope*!) de todo *modelo social: global* —en cuanto ensayo virtual de representación y reconstrucción de la realidad sociohistórica—, se concreta y agota en su *función «racionalizadora» (teórico-empírica)* de un cierto proyecto (ideológico) socioinstitucional, situacionalmente acotado. Mientras todo *reduccionismo unidimensional de «lo social: global» que se pretende absoluto* —bien por el aislamiento abstracto de suposiciones teoréticas, bien, por el contrario, por suponer una *modelización cerrada e integrista*, etc.—, concluye, de modo consecuente, con el desconocimiento, o con la denegación, del *mundo sociohistórico real*, único referente total y verdadero, multidimensional y complejo de cualquier investigación social, en su principio y en su final. Lo que en el caso excepcional de Joseph A. Schumpeter —a pesar de todo, uno de los mayores pensadores y metodólogos de la sociedad occidental contemporánea—, se pone en evidencia en la contraposición de su doble y contradictorio discurso: por una parte —tras la huellas de Weber— por su radicalización extrema del *individualismo metodológico* —en su *Historia del análisis económico*—; mientras por otra —estimulado por la inspiración conjunta de Marx y Weber—, de modo contradictorio, por el también extremo *desenfado ideológico* de su discurso, muy personalista y bastante arbitrario, sobre el proceso histórico occidental. Dado que el economista austriaco, *en cuanto historiador y sociólogo* —sin duda tan original, como un día reconocido (¡incluso entre los «marxistas clandestinos» españoles de los años 1950 y 1960!)—, enfoca el proceso sociohistórico global, tomando partido abiertamente, por el modelo de *desarrollo capitalista competitivo* del XIX —esto es, por el modelo, hegemónico de la *Primera Modernización*—. Pero situado en este plano —esto es, el de la *realidad sociohistórica*—, el puritano metodólogo economicista, libérrimamente, se permite ahora toda clase de mixtificaciones y «cegueras» —convenientemente administradas—, ante las complejísimas cuestiones del «imperialismo» —al que pretende dissociar por completo del desarrollo capitalista (¡en 1919!)—, y de las *clases sociales*, reducidas (¡en 1927!) a las *aptitudes familiares para el liderazgo* de las clases dominantes —edición española conjunta (de editorial Tecnos 1965)— . Si bien, de forma coherente, en ambos casos —como metodólogo e

ideólogo—, Schumpeter, en el justo ejercicio de su «real gana», sirve a su misma *causa electiva*: la del «patrimonialismo burgués».

Al igual que Schumpeter, cuando han de enfrentarse a cuestiones sociohistóricas reales como las del *imperialismo* o *las clases sociales*, el historiador y el sociólogo que intentan comprender su mundo de referencia, para elaborar y contrastar sus *modelos teórico-empíricos*, se sitúan en el *nivel de máxima generalidad (fenoménica) y de una relativa consistencia experimental (siempre virtual)*. Un horizonte epistemológico real de la teoría social, en el que el investigador se mueve constantemente entre la mayor o menor «*relevancia iluminista*» de sus modelos (para conferir sentido a los procesos sociohistóricos de referencia), y la «*precisión (más o menos) reduccionista*» de sus «*hipótesis y/o proposiciones analíticas*», «*definiciones operativas*», «*observaciones y/o medidas particulares*», etc., (por evocar aquí, de nuevo, la clásica contraposición metodológica «frankfurtiana» entre *Präzision und Bedeutsamkeit*). Pero hasta culminar su trabajo de investigación ofreciendo una cierta descripción de los fenómenos en presencia, relativamente contrastados, y unas conclusiones virtuales, el historiador y el sociólogo construyen sus *modelizaciones sociohistóricas* mediante la articulación epistemológica, reiterativa, entre momentos de *precisión* y de *relevancia*. Porque no sólo en el «despegue» de sus investigación, sino también en el proceso cada vez más profundo, y contrastado, de su representación y reconstrucción de la realidad sociohistórica, el investigador social que pretende responder, de forma realista, a las cuestiones básicas o «relevantes» de su estudio (en principio: los problemas a resolver por el mismo), no puede perder de vista la *situación global de referencia* en que se inscriben. Y en este sentido, toda investigación sociohistórica —como bien señala Schumpeter— se inicia con una cierta «visión preanalítica» —que define, en principio, su horizonte de *relevancia*—; mientras en el transcurso de sus *trabajos empíricos (de producción/contrastación de información)*, tras haber realizado todas las observaciones, medidas y *precisiones* posibles, el historiador y el sociólogo se vuelven a encontrar ante el reto final de *conformar y conferir «relevancia» a sus «conclusiones virtuales»* en el *contexto global de sentido de otra «visión postanalítica»*. Una perspectiva global y un reto final aún mucho mayor en el caso peculiar y realísimo del «oficio de sociólogo»; pues su «visión postanalítica» —que concluye necesariamente en la previsión, relativa o virtual, de las *alternativas posibles* de los procesos, ideologías, mentalidades, actitudes, etc., etc., estudiadas—, se produce de hecho, en un *contexto praxeológico concreto*.

De tal modo, historiadores y sociólogos empiezan intentando comprender los procesos colectivos que constituyen la *encrucijada sociohistórica* de una situación global concreta (su génesis, su fase y momento particular, las perspectivas y alternativas de su evolución, etc.), para lo que parten en su reflexión de una cierta «visión preanalítica»: *ideológica* (y por tanto: *parcial*); pero tienen que volver a definir, tras su «trabajo analítico» y documental, en sus «conclusiones finales» una cierta *visión «postanalítica» (ideológica, y por tanto: sólo parcialmente* ahora mejor estructurada e informada). O lo que es lo mismo, en el proceso real de la *in-*

vestigación sociohistórica: sociológica, la contextualización ideológica global y comprensiva de la situación, se encuentra de forma necesaria *al principio y al final del «trabajo analítico»* (a que se refiere Schumpeter). *Al principio*, porque los supuestos y/o «hipótesis» de partida implican siempre una cierta *concepción o visión ideológica global* (cuando no un cierto *proyecto de intervención socioinstitucional*); y *al final* (sobre la siempre relativa e insuficiente base «experimental» de todas «las producciones de datos», «contrastaciones empíricas» o «construcciones de hechos», etc.), porque la elaboración y contextualización de las *conclusiones de un estudio sociohistórico* —o de un «informe sociológico»—, remiten de nuevo a una *visión ideológica global* de los procesos sociales. Por lo que el *contexto ideológico* constituye la *mediación global y relevante* (por mucho que se intente «denegar» o «evacuar») que relaciona todo *estudio sociohistórico* con los procesos y problemas reales de la vida colectiva. Lo cual no es ningún «escándalo epistemológico», sino el principio mismo de la *problemática epistemológica de la realidad social*, que en ningún caso puede ignorar la *dimensión ideológica* de los procesos colectivos.

6.c. *El campo praxeológico fundacional de la «Razón sociológica»:*

Sobre la complejidad dialéctica e ideológica de los procesos sociohistóricos

Situados en un plano epistemológico real, la presencia y mediación inevitable del *contexto ideológico de toda investigación sociohistórica*, es todavía más evidente y concreta —por paradójico que a algunos pueda parecer— en el caso del «oficio de sociólogo» en cuanto *praxis profesional*. Pues el que podemos llamar «trabajo sociológico» requerido por el estudio previo y orientación teórico-empírica de los *proyectos de intervención socioinstitucional* presupone siempre —por no hablar ya aquí de *un marco del poder*—, el *contexto ideológico de unos fines y efectos* consecuentes, e incluso «colaterales». Por el hecho de que, en principio debe suponerse la naturaleza «meliorista» de toda *intervención socioinstitucional*; es decir; la intencionalidad ética «positiva» de contribuir al posible *amejoramiento progresivo*, por ejemplo, de las relaciones laborales, o de las sanitarias, o de las educativas, o de la planificación urbanística, etc., etc. Cuestiones todas que entrañan *interpretaciones y procesos de decisión* orientados por fines y valores (ideológicos); pero que a su vez implican condicionamientos y presiones institucionales, políticos o económicos, e «intereses de clase», etc., etc., (igualmente ideológicos). Un plano real o «contexto praxeológico» *de la investigación socioinstitucional*, en el que el *sociólogo profesional* se encuentra ante *alternativas ideológicas concretas*, en las que se sintetizan o condensan, de forma indisoluble, implicaciones éticas, culturales, «de clase social», políticas, comunicacionales, etc., etc. (frente al aséptico y falaz intento de «aislamiento en el vacío» de los *modelos teóricos* de Schumpeter). Mientras en la actual y fragmentada *sociedad pluralista* —en el marco hegemónico de la fase *neo-tecno-financiera* del desarrollo capitalista—, de crecimiento global desequilibrado y cambios socioinstitucionales acelerados, la *ambivalencia ideológica* de toda

intervención socioinstitucional, y por tanto la dificultad y *sobrecarga* «praxeológica» del oficio de sociólogo» no hacen sino aumentar —como luego he de volver a insistir—. Sin que ello suponga legitimar el fácil *escapismo postmoderno* —«a la parisina»— frente a la realidad sociohistórica, mediante el expediente de la crítica y supuesta imposibilidad de los *metarrelatos*: pues las instituciones y centros económicos dominantes, las desigualdades y *relaciones de clase*, ahora *globalizadas*, y el imperialismo militar occidental, son realidades —y *metarrelatos*— que están ahí para quien quiera verlas y analizarlas.

Que este análisis es ahora quizás más complejo y difícil que nunca, en absoluto supone que haya que renunciar a la constante reconstrucción de la *Razón Sociológica*, ni tampoco —en un nivel epistemológico mucho más humilde— al *oficio de sociólogo*, allí donde es posible. Ambos niveles epistemológicos —interrelacionados y a la vez en tensión— vienen a ser, además, igualmente fundamentales en el despliegue del movimiento sociológico (de un tiempo, de un país), en su más amplio sentido y expresión. (Un complejo proceso global al que pretendo referirme aquí cuando empleo la expresión de la «causa sociológica general», o me permito la licencia de escribir *la Sociología* con mayúscula; es decir, cuando evoco, parodiando a Luis Buñuel, «el fantasma de la Sociología»; pues consideraciones humorísticas a parte, semejante «fantasmática» personal —en su acepción freudiana— representa al mismo tiempo el utópico deseo de una «Razón sociológica» —capaz de transformar y conciliar definitivamente el mundo de los hombres—, así como es la raíz de la vocación por hacer del *oficio de sociólogo* una razón de vida intelectual, o «comunitarista», o incluso «profesional», más o menos singular.)

Pero en ambos niveles, el esfuerzo por reconstruir una *racionalidad social* (al menos) *progresiva*, respecto de una situación sociohistórica concreta (ya que no «radical» o «progresista»), empieza y concluye haciéndose cargo del *pluralismo ideológico del «campo sociológico»*. Por lo que a la condición —ya generalmente reconocida— de «ciencia», o mejor: «campo multiparadigmático»— y al bien diferenciado *pluralismo cognitivo* en el análisis de la realidad social —que empieza a reconocerse—, hay que unir igualmente hoy —en una sociedad que se pretende «desarrollada», y se postula como «pluralista»—, el reconocimiento del *pluralismo ideológico*, en cuanto urdimbre primaria de todo *campo ideológico*.

Esta triple y mínima aproximación a la realidad compleja y conflictiva del *campo sociológico* —esto es, su triple condición de campo *multiparadigmático*, *plural cognitivo* y *plural ideológico*— puede ser también argumentada mediante el recurso literario, una vez más, de ciertos «iluministas» aforismos —de 500 años a. de C.— de Heráclito de Efeso, «el oscuro» —según la versión del texto heracliteano, reconstruida de forma tan magistral, como sorprendente, por el filósofo zamorano (y libertario filósofo), Agustín García Calvo, en su libro: *Razón común: Heráclito*, Madrid, Lucina, 1985—. En primer término, porque la concepción del *logos* en el texto de Heráclito, la célebre metáfora de que «en unos mismos ríos entramos y no entramos» —p. 186—, ha sido evocada, una y otra vez, en cuanto origen de una

visión de la *realidad sociohistórica* como un fluir permanente (de acontecimientos, culturas, sistemas, ideologías, etc.). Pero además, porque esta «afluencia» (o abundancia) del ser supone que su conocimiento obliga a una multiplicidad, *siempre abierta*, de perspectivas y saberes; pues como sentencia Heráclito, «han de ser de muy muchas cosas investigadores los hombres aspirantes a sabiduría» —p. 78—. Una multiplicidad de visiones y saberes (también) para la articulación del *conocimiento sociohistórico* que da lugar a la *complejidad multiparadigmática del «campo sociológico»* (destacada entre nosotros por el sociólogo Manuel García Ferrando). Por otra parte, en la *constitución epistemológica de ese mismo conocimiento sociohistórico*, el investigador social se encuentra —o «tropieza»— también en sus análisis de los procesos globales con muy distintas manifestaciones o «niveles» del «mundo de la vida» (esto es del *Lebenswelt* husserliano). «Niveles» o «instancias» diferenciados, desde un punto de vista *epistemológico*, —en la aproximación/contrastación/reconstrucción *teórico-empírica* de la realidad social—, por su *dada* (o impuesta) naturaleza *estructural* —u *ontológica*—; y niveles, en este sentido, correspondientes a *esferas sustantivas de la vida social*, con una específica «legalidad procesal» y una lógica propia (por ejemplo, las esferas del «campo de *los hechos*», «el universo de los *discursos*», y «el reino de las *motivaciones*», de acuerdo con mi propia experiencia como investigador social/A. O.). Por lo que para la comprensión de tan diversas *esferas y niveles epistemológicos* en la *construcción de la realidad social* —y del propio *campo sociológico*—, se impone el reconocimiento de un «pluralismo cognitivo» (como ha reivindicado, desde hace algún tiempo, de forma pionera entre nosotros, el sociólogo —de la *generación del 56*— Miguel Beltrán). Es decir, en la investigación social nos encontramos ante distintas *formas de conocimiento*, igualmente «rationales» y articulables entre sí, no sin entrañar específicos problemas metodológicos.

La manifestación de esta diversidad de «esferas» y «niveles» —constituyentes necesarios al menos del «mundo de la vida», en su comprensión integral—, se produce, además, mediante lenguajes o *signos* —*semas o sememas*—, también de diferente naturaleza epistemológica. Teniendo en cuenta que, por ello mismo, se trata de «lenguajes objetales» (en el sentido freudiano de proyecciones subjetivas sobre el mundo), que apuntan y confieren distinta *significación y sentido* a los fenómenos de que se habla. Diferenciación de «lenguajes», a cuyo análisis dedicó el epistemólogo Ernst Cassirer —en los años veinte— su clásica obra sobre *Filosofía de las formas simbólicas*, en un despliegue de la *semantización* del mundo que iría del lenguaje del «mito» al «matemático» —2.^a ed. española, FCE, México, 1998—. Por lo que los «signos» en su relación con «las cosas», en una *primera reinterpretación*, han de ser semánticamente referidos por el propio investigador social a sus *contextos reales de significación lógica y sentido procesal*; a la vez que en una, más profunda, *segunda reinterpretación* —*sociológicamente específica*—, el sociólogo, una vez más —insistiendo—, como «sujeto en proceso» (Jesús Ibáñez), deviene —lo quiera o no— en intérprete de los básicos *procesos simbólicos* («míticos», «ideológicos», «intencionales» de los «discursos» y «motivaciones», etc.), en

cuanto expresiones y vínculos de una comunidad cultural. Procesos simbólicos necesitados de *reinterpretación* desde muy diversas *perspectivas virtuales* (culturales, sociohistóricas, ideológicas, etc.), dado que al mismo tiempo *manifiestan* y *ocultan*; pues como sentencia Heráclito, en otro de sus sibilinos aforismos, «... el señor que está en Delfos, ni dice ni oculta, sino que da señas» —p. 114—. Una sentencia que adquiere todo su sentido para la investigación social, si consideramos al «Señor de Delfos» como «el interpretante» —esto es, «el dato», producido por una «encuesta estadística», o «la frase», pronunciada en una «entrevista abierta» o en un «grupo de discusión», etc.—, reconvirtiendo a este efecto el concepto de «interpretante», a partir de Umberto Eco (en *Signo*, Labor, p. 173; y en *Tratado de semiótica*, Lumen, 1977, pp. 133-140, etc.). Pero esta sentencia heraclitana, y la disputadísima cuestión del «interpretante» —«como aquella (señal) que garantizaría la validez del signo aun en ausencia del intérprete» (Eco, 1977, p. 133)—, nos remiten y sitúan, en último término, ante la profunda complejidad de los procesos simbólicos en la vida social y en la investigación sociológica. Momento realísimo de la vida cotidiana de todos (en cuanto nos movemos en una «selva de símbolos») que deben ser constantemente descodificados y reinterpretados; pero momento institucional y profesional, de forma específica, del *trabajo sociológico*, que nos confronta como «intérpretes iluministas» —en cuanto sociólogos—, con los «interpretantes» (*señales, datos, gestos, frases, discursos, etnométodos*, etc.) de la vida social, haciéndonos entrar así en una dialéctica interpretativa de *las significaciones* (en contextos abiertos) y de *los sentidos* (en marcos institucionales, y procesos sociohistóricos en transformación permanente).

Situándose más bien como *filósofo*, desde una perspectiva análoga —en su glosa sobre el anterior fragmento «delfico» de Heráclito—, el profesor García Calvo al reflexionar, por su parte, sobre «la manera en que logos se manifiesta» observa que «las cosas y sus ajustes aparentes no dicen, ni razonan directamente, pero tampoco sencillamente esconden, la razón verdadera que los rige», viniendo entonces —advierte juntamente con otros autores— a «despertar(nos) a la investigación dialéctica» —*op. cit.*, p. 115—. Una forma de investigación o *proceso dialéctico interminable*, en permanente *tensión práctica* entre empiria y teoría, en que consiste básicamente la *investigación sociológica* aplicada al estudio global de los *procesos sociohistóricos del presente* y que define el lugar de la sociología en la «sistemática y estructura interna de las ciencias sociales», en cuanto se orienta al estudio y comprensión de la «totalidad de la esfera social» —tal como postula el profesor español Mariano Fernández Enguita en: *La perspectiva sociológica*, Madrid, Tecnos, 1998, p. 22—. Porque la *perspectiva sociológica* —insistiría por mi parte (A. O.)—, supone una actitud fundamental de apertura *dialéctica de la realidad sociohistórica*, en una multiplicidad de sentidos (esto es, la apertura a las contradicciones del orden social, a la resolución de los conflictos resultantes, en fin, al devenir y cambio constante de las estructuras de convivencia humana). Y de tal modo, en sus momentos «visionarios» iniciales —«preanalíticos»— y finales —«postanalíticos»—, el «trabajo sociológico», «objetivado» a través de sus más esforza-

dos procesos «informativos», «de análisis y consistencia», «de contrastación», etc., etc., concluye remitiendo siempre, en última instancia, a una cierta concepción dialéctica (progresista o reaccionaria, reformista o conservadora, más o menos ambivalente, en todo caso, del orden social). *Pensar sociológicamente*, con toda consecuencia, en definitiva, es *pensar dialécticamente* (por más que el actual conservadurismo academicista pretenda hoy desprestigiar y excluir del lenguaje teórico al término «dialéctica», a veces incluso por aquellos mismos que en otros tiempos hicieron el uso más dogmático del término).

En términos genéricos, la *perspectiva dialéctica* surge a través de la propia constitución del pensamiento filosófico griego, al emerger y configurarse —según es bien sabido— como clave de la *perspectiva heracliteana* del orden cósmico; una visión del mundo (a la vez común y contradictorio) de la comunidad humana (*Koiné*), latente en los textos de Heráclito; y a la que dedica igualmente Ernst Cassirer unas sugestivas glosas —en el vol. II de la ya citada *Filosofía de las formas simbólicas* (pp. 173-177)—; si bien acentuando en su visión el momento del orden y la permanencia *eleática*. Pues el discurso de Heráclito se orienta a la *comprensión del devenir a través de la contradicción* (en cuanto embrión filosófico de la futura concepción europea contemporánea de la *dialéctica social* de Hegel y Marx, en que me sigo situando/A. O.). Por su parte, Cassirer confiesa que «lo que atrae y cautiva en el discurso de Heráclito no es la mera facticidad del devenir sino su sentido» —p. 174—. Pasando a citar, de modo inmediato, Cassirer, otro de los más significativos aforismos heraclitanos: «Una sola cosa es lo sabio: conocer el sentido por el cual todas las cosas son gobernadas por medio de todas». De forma que si «el gobierno de las cosas» se identifica con *el orden social y los procesos que lo constituyen, lo estructuran y lo desestructuran*, nos encontraríamos ya ante el principio mismo de una *Razón sociológica*, como aspiración a comprender «el sentido sociohistórico último» que articula el devenir de la sociedad (A. O.). Aunque Cassirer, situándose en una perspectiva filosófica más general, insiste en este caso, en enfatizar la pertenencia del pensamiento de Heráclito a la preocupación filosófica griega originaria por *lo permanente*, sin ruptura profunda con la corriente «eleática», con su arquetipo en Parménides. Y desde esta perspectiva más bien ontológica, incluso «la mirada de Heráclito», sin dejar de ser el «filósofo del devenir», estaría enfocada, en último término, «no al mero hecho del flujo y del transcurso» —advierte Cassirer—, sino a las «medidas que en éste (en el devenir del tiempo) aprehende» —subraya el propio epistemólogo alemán (p. 173)—. Para seguidamente concluir Cassirer afirmando que «estas medidas son el logos verdaderamente inmutable del cosmos». Una concepción cosmológica del discurso heraclitano que se inscribe, en principio, en un plano *histórico-filosófico*, pudiendo ser quizás en exceso restrictiva; pero que en todo caso no parece agotar la pertinencia y fecundidad del pensamiento de Heráclito para la *Razón sociológica*, como filósofo del devenir y fuente primaria de la *perspectiva dialéctica*. Mientras la reinterpretación de Cassirer nos permite, por otra parte, realizar ya una primera distinción —por su objeto y finalidad— entre *Razón sociológica* y *Razón filosófica*.

Porque el propio planteamiento de Cassirer en torno al «eleatismo» nos puede orientar para establecer ya la *diferencia específica de la «Razón sociológica»*, respecto de la fundamentación, también primaria, de la *Razón filosófica* (en cuanto teórica «ontologista: ahistórica»). Dada la definición específica de la *«filosofía griega (prearistotélica)»* propuesta por el epistemólogo alemán, al observar que «para Platón el filósofo es aquel que en virtud de su capacidad de raciocinio está orientado siempre hacia lo que permanentemente es» —p. 173—. Por el contrario, la *Razón sociológica* sólo adquiere la plenitud de su sentido como *Razón socio-histórica* —postularía por mi parte (A. O.)—; es decir, como aquella *forma de razón que se enfrenta con el devenir de procesos sociohistóricos concretos* (en «tiempo real», o sea, en situaciones dadas). Una concepción realista que confirma la *condición «heraclitana» y dialéctica de la «Razón sociológica», a la vez que empírico-concreta*, por su vocación constituyente y estudio de los procesos conformadores de un «campo de fuerzas» dinámico, en cuanto espacio en tensión reiterada entre consolidación o transformación socioinstitucional. Pues a diferencia del filósofo (y podríamos decir también del antropólogo «fundamentalista», y del psicólogo «individualista», o del economista «microteórico» schumpeteriano, etc.), el sociólogo se enfrenta, estudia y analiza —*intoto*—, las orientaciones básicas y las alternativas posibles de los procesos socioestructurales «en marcha». O dicho de otra forma, lo que especifica *el trabajo sociológico* es básicamente la preocupación y el mejor conocimiento del *sentido final de aquello que está cambiando* en la vida colectiva de una comunidad, y de modo consecuente, el *campo praxeológico* de posibilidades de *intervención socioinstitucional para su regulación «meliorista», desde una cierta perspectiva ético-ideológica*. De modo que el estudio sociológico, se inscribe en el plano de la situación real o preexistente, y parte de la *comprensión (teórico-empírica)* de los procesos históricos (Pierre Vilar), constituyentes del «*campo de fuerzas» del presente*, intentando profundizar así al máximo en el *conocimiento (teórico-empírico) de lo actual*, para *proyectarse (more dialéctico y virtual)* sobre el futuro previsible. Y en este sentido, «*el oficio de sociólogo*» empieza donde el de historiador termina.

Pero por eso mismo, las perspectivas de uno y de otro —del historiador y del sociólogo—, tienen como referencia común a la *realidad sociohistórica en cuanto proceso global*; por lo que tienden, en fin, a encontrarse en el territorio común del «*campo de fuerzas» socioinstitucional constituyente del orden social*, esto es, en un *espacio dado y concreto —no «teórico»—*, y en permanente tensión transformadora (más o menos conflictiva de forma manifiesta o latente). Mientras que en el caso más definitivo y específico del «*oficio de sociólogo» como investigador praxeológico del presente y del futuro previsible*, ese «*campo de fuerzas sociohistóricas*» constituye el marco real (singular, actual y concreto), de su reflexión teórica, y de su estudio y observación, análisis y «*contrastación empírica*». Un marco sociohistórico de «*lo actual*», en definitiva, dinamizado por procesos y contradicciones que conforman finalmente el *devenir de una comunidad*, en cuanto *proceso global concreto* (que por concreto sería «*lo completo*», según la clásica formulación de Mar-

cel Mauss). Pero que en el *trabajo sociológico* habitual —y más propio del *oficio de sociólogo*—, se concretaría aún más en el estudio del *devenir de «una corporación»* —o sea, una asociación o «fundación» con determinados fines, una organización empresarial, un ayuntamiento o una «antigua diputación», o una universidad, o un colegio profesional, o también una «orden religiosa», etc., etc., (por citar ejemplos de mi propia experiencia)—; o bien consistiría en el análisis del *porvenir de «una institución»* —es decir, de un código, de una forma de gobierno o de propiedad, de una costumbre o práctica laboral, educativa, sanitaria, reproductiva, sexual, de emparejamiento o «matrimonio», o de consumo, o de adquisición de bienes, o de compra de «mercancías», etc., etc., así como de la evolución previsible de las actitudes colectivas frente a tal «institución», etc.—; o bien, en definitiva, se trataría de *comprender la dialéctica*, y anticipar el sentido y consecuencias de un *proceso de transformación social* —tanto de las actividades económicas sectoriales como de la clasificación jerárquica profesional, o de la forma de distribución del ingreso y de sus desigualdades, o bien tanto de la distribución demográfica como de las corrientes migratorias, de las relaciones campo/ciudad como de las étnico-culturales, o, en fin, tanto de los cambios en las relaciones de género como de la estructura de clases, etc., etc., etc.—. Sin duda, cuestiones *tópicas* (en todos los sentidos) del *trabajo sociológico*, pero respecto de las que la *perspectiva sociológica* se especifica precisamente —frente a las diversas *especialidades «particularizadoras»* y *más analíticas* (de la Economía al Derecho, etc.)—, por atreverse a adoptar el *punto de vista global de su posible interrelación y evolución conjunta*. (Atrevimiento exigido por el postulado —básico para la fundación de la *Sociología*— de *lo social: global*, y que comporta el arduo esfuerzo de intentar concretar cada vez *en términos sociohistóricos* —respecto de cada campo de estudio, en el contexto de cada «informe final»—, «el sentido por el cual todas las cosas son gobernadas por medio de todas», como el propio Heráclito ya proclamaba hace unos 2.500 años). Una «perspectiva sociológica global» desde entonces denegada una y otra vez —desde fuera y desde dentro del *campo sociológico*—, pero cuya renuncia o anulamiento concluiría por *disolver el propio «oficio de sociólogo»* —quizás primero en el campo del trabajo *comunitario y/o profesional*, pero finalmente también en la mismísima academia universitaria—. Porque desde la perspectiva a medio y largo plazo de la «*causa sociológica general*», las promesas y tentaciones *cientificistas* —en el plano teórico— y/o *tecnocráticas* —en el plano de la profesionalización—, concluyen trabajando por la relativización de «lo social: global». Y con esta difuminación (e incluso «*desencantamiento*», por aplicarnos también en este caso «*die Entzauberung*» maxweberiana), empieza a desvirtuarse la *especificidad misma del «trabajo sociológico»* (siempre de tan difícil comprensión para burócratas y ejecutivos «*halbgebildet*», o «medioformados»), para acabar contribuyendo a la *trivialización del «oficio de sociólogo»* en la selva competitiva profesional.

Saliendo aquí ya al paso del *reduccionismo tecnocrático postmoderno*, y más allá de las identificaciones personales con unas u otras posiciones ideológicas, pue-

de decirse, por el contrario, que el «interés de clase profesional», específico y prioritario, del colectivo de sociólogos, en cuanto tal, no puede ser otro que la reivindicación metodológica de la compleja e integral sustantividad de *lo social general*. Una reivindicación que no ignora la dificultad de dar forma y representación a ese nivel *global* último de *lo social* en cuanto *meta-sectorial* —esto es, en cuanto «orden de ordenes» de los procesos colectivos—; pero que supone a la vez un proyecto teórico que nunca puede renunciar a plantear la cuestión de la «totalidad». Quizás una cuestión enojosa para *los discursos sectoriales* sobre la realidad social —de la economía a la psicología, etc.—, cuando se abre el debate sobre *su forma de articulación concreta* en el «*todo sociohistórico*» en *transformación permanente*. Pero cuestión radical y fundante de la *Razón sociológica*, que el *sociólogo consciente* debe asumir con tanta decisión como humildad, ante una tarea que a la vez que le constituye como tal, le desborda teórica y empíricamente.

En definitiva, frente a las múltiples y reiterativas falacias teóricas del «*reduccionismo analítico abstracto*» —en sus formas más burdas (de los años sesenta), o en sus formas actuales más «sofisticadas» o «postmodernas» (del decenio del 2001)—, la *Razón sociológica* si pretende sobrevivir como tal —y ser realmente profunda—, precisamente en la investigación concreta, en absoluto puede renunciar a considerar —en sus momentos «visionarios» inicial y final— a los *procesos sociohistóricos reales* como «*totalidades en marcha*» (como postulaba Georges Gurvitch, en su «lucha contra lo abstracto», del segundo tercio del siglo XX, desde la perspectiva de su «fenomenología dialéctica»). Porque las sucesivas promesas «*particularizadoras*» de «*lo social*», como vía para su definitivo desentrañamiento y estudio «*cientificista*», cuando se generalizan y absolutizan tienden a concluir una y otra vez en la (vacua) abstracción de «*reduccionismos metodológicos integristas (o totalitarios)*» —en cuanto modelos *economicistas*, o *omniestadísticos*, o *analítico-positivistas*, o si se quiere, en el extremo opuesto, también *semántico-estructuralistas*, etc., etc.—. Promesas, en fin, de una «perfecta formalización (exhaustiva)» de «*lo social*», o de una «perfecta medida y precisión operativa», para su *análisis «deconstructivo»*, desde una *perspectiva unidimensional (e integrista)*, que cuando pasa la época de «su moda» se revelan como «tentaciones mundanas» tan artificiosas, como estériles; pero que mientras tanto —tras haber encumbrado a sus «profetas mediáticos»—, a lo que contribuyen es más bien a «*la desconstrucción*» o «*trivialización*» de «*lo social: global*». Una estrategia «deconstructiva» o relativizadora de «*lo social: global*» —en el contexto de una ofensiva ideológica más o menos generalizada—, que suele intensificarse en los momentos previos a una nueva *crisis del sistema*, una vez agotados los efectos estructurales positivos de una fase histórica de reforma socioeconómica y sociopolítica. Momento histórico en que la mirada de los «formalismos cientificistas» se aparta de la realidad sociohistórica, para ensimismarse en el plano de la *abstracción metodologista*, al mismo tiempo que en los márgenes del sistema retornan —¡para quien quiera ver «lo real»!— las señales de emergencia de un nuevo conflicto, en cuyo *sentido dialéctico último* se expresa y toma de nuevo cuerpo *lo social: global*.

Enfrentada con *lo social: global*, el lugar fundacional, más profundo y permanente, de la *Razón sociológica* no es otro, en último término, que el campo de *complejidad dialéctica* de la *Razón sociohistórica*. Un campo real y dramático que se despliega ante nuestros ojos en el «*largo plazo*» de los *procesos sociohistóricos*, y en cuyo devenir se suceden constantemente civilizaciones, sistemas sociales, imperios, proyectos de transformación del orden sociopolítico, e ideologías, de forma tan conflictiva como a veces desconcertante. De modo que el *proceso sociohistórico global* —en el nivel del conflicto entre civilizaciones y Estados y en el de construcción del orden social en comunidades concretas—, parece responder a (la ya citada) proposición kantiana de que los hombres desean y persiguen «la armonía» (*Eintracht*), pero que un aciago *fatum*, quizás la misma (mítica) Naturaleza (de la Ilustración burguesa), les impone la «discordia» (*Zwietracht*). Y en este sentido, si la *Razón sociohistórica* da cuenta y reflexiona sobre esta trágica alternancia entre *momentos de conciliación* —más o menos armónicos, dentro de un orden más o menos represivo—, y *momentos de conflicto* —más o menos autodestructivos y/o recreadores—, la *Razón sociológica*, aventurando un paso más, se sitúa, *more prometeico*, en el propio terreno de la *dialéctica contradictoria* del proceso histórico. Pues el compromiso y proyecto teórico máximo de la *Razón sociológica* (frente a la aparente ceguera del destino histórico), no puede ser otro (desde una perspectiva utópica), que el de iluminar una *dialéctica liberadora* de superación de todas las contradicciones y conciliación de todos los conflictos. Si bien este *proyecto utópico y global*, en cuanto funda y constituye esencialmente la *Razón sociológica*, la enfrenta así con una misión que excede, al menos, de sus virtualidades sociopolíticas. Pero por su propia profundidad y ambición, tan desproporcionado proyecto viene a ser, no obstante, el que inspira y da vigor a toda *perspectiva sociológica situacional concreta*, en cuanto propósito «objetivador» y sistemático de contribuir —mediante la reflexión y el estudio— a la resolución progresiva, más justa y posible, de las contradicciones y conflictos (manifiestos o latentes) en el «*campo de fuerzas*» del presente de una comunidad.

Aspiración o «función iluminista» de la Sociología —reivindicada por los profesores Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela en la *La galaxia sociológica*—, que también a *largo plazo* se identifica, en principio, con la utopía social y «civilizatoria» de una Humanidad reconciliada consigo misma (...y de modo consecuente, cada vez más urgente, con la propia Naturaleza). O lo que sería igual —aducen Álvarez-Uría y Varela (citando a Pierre Bourdieu)—, la investigación social trabajaría —en un *espacio público*— para conseguir «liberarnos de la fuerza del destino» (*op. cit.*, 2000, p. 14). Mientras hablando precisamente de *La vocación de la sociología académica española* —en el anterior nº 6, de 2006, de esta misma *RES*—, el profesor Manuel Martín Serrano (otro intrépido miembro de la audaz y brillante *generación del 68*), criticaba hace muy poco el hecho de que (según él) «la sociología académica española», «en su corta existencia», habría transitado «del tiempo de las utopías al de la contrautopía» (visión con la que vengo a coincidir plenamente, desde mi propia perspectiva, en la *segunda* y próxima parte del pre-

sente artículo... si me dejan/A. O.). Y de tal modo, se ha pasado «desde una época en la que a las ciencias sociales se las concebía como agentes del cambio histórico a otra en que se las quiere sacar de la historia» —*art. cit.*, p. 11—. Una supuesta degradación académica —siempre según Martín Serrano—, frente a la que, evocando otros tiempos, proclama que «hay que seguir manteniendo la *vocación utópica* —subraya el mismo profesor— de las ciencias sociales», «si se quiere que el saber y la creación expresen las necesidades materiales y cognitivas y sociales de los sujetos y de las comunidades» —*art. cit.*, p. 112—. Por lo que esta crítica (desde dentro) de la actual deriva cultural y academicista hacia una cierta *burocratización del pensamiento sociológico*, y sobre todo la reafirmación de la «*vocación utópica de la Sociología*» como «fantasma» (y como principio de su trabajo teórico), la vuelven a situar en el marco de la *perspectiva histórica real*. Consideraciones con las que precisamente el presente texto —dedicado a «los amantes platónicos» de la Sociología— pretende estar, más o menos dignamente, de acuerdo.